

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Agosto de 2011

Nº 351

Juan Pablo II vuelve a San Juan



*Visita de las Reliquias
del Beato Juan Pablo II*

SUMARIO:

Editorial	1
Calendario de la visita	3
Visita de las Reliquias a San Juan de los Lagos	4

TEMAS ILUMINADORES:

1. Quién es el Santo Padre	6
2. Quién fue el Beato Papa Juan Pablo II	9
3. Legitimidad del culto a las reliquias	14
4. Múltiple conmemoración del 8 de diciembre	17
5. La Inmaculada Concepción en el magisterio del Beato Juan Pablo II	24
Elementos litúrgicos	38

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Vicaría de Pastoral diocesana

Diócesis de San Juan de los Lagos.

JUAN PABLO II VUELVE A SAN JUAN

VISITA DE LAS RELIQUIAS DEL BEATO JUAN PABLO II

EDITORIAL

Con gran regocijo la Iglesia de México recibió el anuncio de la visita y peregrinación por la República de las Reliquias del Beato «Peregrino de la Paz» Juan Pablo II. Dichas Reliquias consisten en una cápsula con sangre suya colocada en un relicario en forma de cruz y pegada al pecho de la imagen del Beato en su lecho de muerte. De las cuatro cápsulas con su sangre, extraída cuando estaba enfermo, dos se quedaron en el hospital, una fue enviada a Polonia y la del Vaticano se ha prestado en la visita a México.



Con la cápsula vienen ornamentos que Karol Wojty³a utilizó durante su papado. La figura de cera es de tamaño natural y está revestida con dichos ornamentos pontificios. La Reliquia de segundo grado que lleva consiste en la banda o fajín papal.

Visitarán estas Reliquias más de cien puntos en todo el territorio nacional, un día por Diócesis, aproximadamente 22,500 kilómetros de recorrido, del 29 de agosto al 15 de diciembre. En la Provincia eclesiástica de Guadalajara estará en diferentes fechas: 23 de octubre en Ciudad Guzmán; 24 de octubre en Colima; 25 de octubre en Autlán; del 26 al 28 de octubre en Guadalajara; 29 de octubre en Tepic; 30 de octubre en El Nayar; 7 de diciembre en Aguascalientes y **8 de diciembre en San Juan de los Lagos.**

El Santo Padre Benedicto XVI y la Santa Sede accedieron a otorgarnos este tiempo de gracia que tanto necesita nuestra nación. Con esta manifestación queremos elevar nuestra plegarias a Dios por la paz, recobrar las esperanzas en Cristo Jesús que camina con nosotros en la construcción de una Patria más justa, digna y fraterna, consagrada al Espíritu Santo, para que con su luz y fuerza logremos que en nuestras comunidades se dé testimonio en la solidaridad con los más pobres y respeto a la vida.

Hay que tener en cuenta que es un solo día por Diócesis: llega el 8 de diciembre por la mañana y se va el mismo día. Es la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, fiesta patronal de la Diócesis, tiempo de fiestas y peregrinaciones a la Catedral basílica. Aunque San Juan de los Lagos tiene tres puntos en los cuales estuvo Su Santidad Juan Pablo II (el Helipuerto, el Santuario y la Explanada del Rosario), las condiciones puestas por la Santa Sede piden que se tengan las Reliquias sólo en la iglesia catedral, protegida del sol y bien resguardada, aunque en los traslados sean visibles para la gente a su paso por la camioneta especial. Se preparará y acompañará con vigiliyas de oración y catequesis en las parroquias y los diversos lugares, ya que es un evento de toda la Diócesis.

La urna, de 2 m. de largo por 1.10 m de ancho y 1.60 de alto, y unos 180 kilos, está fabricada de alpaca repujada con incrustaciones de talavera, y agarraderas en los 4 lados. Lleva una base rodante para su instalación y está protegida con una mica especial y sellada para su propia seguridad. Su manejo estará a cargo de los operadores contratados para el caso. El convoy para el traslado lo conforman 3 vehículos Ford que portan el escudo papal y frases alusivas a la Peregrinación: el primero llegará un día antes para coordinarse con el equipo de la Diócesis; el segundo es una camioneta adaptada para que los fieles puedan observar desde fuera las Reliquias durante el recorrido; el tercero traslada el equipo de apoyo. Brindaremos atención, hospedaje y alimentación a esas cinco personas (choferes y personal de apoyo). Las autoridades locales pondrán personal para la seguridad y tránsito, pues la Policía Federal no puede intervenir en asuntos locales. Corresponde a la Diócesis hacer todos los trámites para el culto religioso en las calles.

El Beato Juan Pablo II fue un hombre de paz, misionero de la esperanza y en su propia vida supo testimoniar los valores del Evangelio. Ante la percepción de un México sumido en terror, dolor, desesperanza, angustia, venganza y rencor, consecuencia de la inseguridad y la violencia por aquellos que se han inclinado por la cultura de la muerte, la veneración de las Reliquias será una oportunidad

para que los bautizados y personas de buena voluntad volvamos los ojos a Dios, y por la intercesión de Juan Pablo II, alcancemos su misericordia.

El recuerdo y el amor que profesó a México debe conducir al fortalecimiento de la fe del pueblo. Sobre todo en estos momentos difíciles que atraviesa la nación, donde es necesario recuperar la paz y la convivencia pacífica para construir un México más justo y fraterno. Este acontecimiento es una gran oportunidad para profundizar su legado, pues fue capaz de transformar el rostro de la Iglesia al inicio del tercer milenio, ya que transformó vidas humanas e influyó en la vida de muchas naciones con la fuerza del Evangelio.

Agradecemos a Dios por la bendición de tener en nuestra Diócesis estas Reliquias. Sabemos que su paso por nuestra Iglesia particular será de abundantes bendiciones. Por intercesión del Beato Juan Pablo II hagamos de este Peregrinar un signo de Paz y Unidad para México. Y pidamos al Señor que este acontecimiento de fe renueve nuestros corazones, nos aliente al bien, al trabajo honesto y responsable, y que su testimonio y ejemplo nos lleve a propiciar relaciones armónicas entre la familia, las instituciones y la sociedad. Pedimos al Padre Bueno que por la intercesión del Beato Juan Pablo II, y de todas las santas y santos mexicanos, pronto podamos vivir un México de paz y bienestar, lo pedimos también en el amor y amparo de Santa María de Guadalupe, nuestra dulce Madre.



CALENDARIO DE LA VISITA



- 5 al 28 de agosto – Basílica de Guadalupe, D. F.
 29 de agosto – Toluca
 30 de agosto – Tenancingo
 31 de agosto – Atlacomulco
 1 de septiembre – Tula
 2 de septiembre – Cuautitlán
 3 de septiembre – Texcoco
 4 de septiembre – Tlalnepantla
 5 al 8 de sept. – Catedral Metropolitana, D. F.
 10 de septiembre – Ecatepec
 11 de septiembre – Nezahualcóyotl
 12 de septiembre – Chalco
 13 de septiembre – Tulancingo
 14 de septiembre – Huejutla
 15 de septiembre – Teotihuacan
 16 de septiembre – Tlaxcala
 17 de septiembre – Tuxpan
 18 de septiembre – Papantla
 19 de septiembre – Xalapa
 20 de septiembre – Veracruz
 21 de septiembre – Córdoba
 22 de septiembre – Orizaba
 23 y 24 de sept. – Puebla
 25 de septiembre – Tehuacán
 26 de septiembre – Tuxtepec
 27 de septiembre – San Andrés Tuxtla
 28 de septiembre – Coatzacoalcos
 29 de septiembre – Tabasco
 30 de septiembre – Campeche
 1 de octubre – Mérida
 2 de octubre – Cancún
 3 de octubre – Chetumal
 4 de octubre – San Cristóbal de las Casas
 5 de octubre – Tuxtla
 6 de octubre – Tapachula
 7 de octubre – Tehuantepec
 8 de octubre – Mixes
 9 de octubre – Oaxaca
 10 de octubre – Huautla
 11 de octubre – Puerto Escondido
 12 de octubre – Huajuapán de León
 13 de octubre – Tlapa
 14 de octubre – Chilpancingo
 15 de octubre – Acapulco
 16 de octubre – Ciudad Altamirano
 17 de octubre – Lázaro Cárdenas
 18 de octubre – Apatzingán
 19 de octubre – Tacámbaro
 20 y 21 Oct. – Morelia
 22 de octubre – Zamora
 23 de octubre – Ciudad Guzmán
 24 de octubre – Colima
 25 de octubre – Autlán
 26 al 28 Oct. – Guadalajara
 29 de octubre – Tepic
 30 de octubre – El Nayar
 31 de octubre – Durango
 1 de noviembre – Gómez Palacio
 2 de noviembre – El Salto
 3 de noviembre – Mazatlán
 4 de noviembre – Culiacán
 6 de noviembre – La Paz
 8 de noviembre – Ciudad Obregón
 9 de noviembre – Hermosillo
 10 de noviembre – Mexicali
 11 de noviembre – Ensenada
 13 de noviembre – Tijuana
 16 de noviembre – Nuevo Casas Grandes
 17 de noviembre – Ciudad Juárez
 18 de noviembre – Chihuahua
 19 de noviembre – Cuauhtemoc Madera
 20 de noviembre – Tarahumara
 21 de noviembre – Parral
 22 de noviembre – Torreón
 23 de noviembre – Saltillo
 24 al 26 de Nov. – Monterrey
 27 de noviembre – Piedras Negras
 28 de noviembre – Nuevo Laredo
 29 de noviembre – Matamoros
 30 de noviembre – Linares
 1 de diciembre – Ciudad Victoria
 2 de diciembre – Matehuala
 3 de diciembre – Tampico
 4 de diciembre – Ciudad Valles
 5 de diciembre – San Luis Potosí
 6 de diciembre – Zacatecas
 7 de diciembre – Aguascalientes
8 de diciembre – San Juan de los Lagos
 9 de diciembre – León
 10 de diciembre – Irapuato
 11 de diciembre – Celaya
 12 de diciembre – Querétaro
 13 de diciembre – Cuautla
 14 de diciembre – Cuernavaca
 15 de diciembre – Regreso al Distrito Federal

VISITA DE LAS RELIQUIAS DEL BEATO JUAN PABLO II A SAN JUAN DE LOS LAGOS

Jueves 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, fiesta patronal de la Diócesis y titular del Santuario que es su catedral.



PREPARACIÓN

En las Parroquias se motivará con tres catequesis acerca del sentido de este evento de alcance diocesano. El miércoles 7 se celebrará la Misa del Beato Juan Pablo II en cada comunidad, como una preparación sobre todo para quienes acudirán a venerar las Reliquias. Y se hará una Vigilia juvenil de oración o una Hora Santa.

A San Juan acuden los decanatos: San Juan, Jalos, San Julián, (Atotonilco y Ayotlán), y el Seminario, durante la mañana (de 8:00 a.m. a 2:00 p.m.). A Tepatitlán acuden los decanatos Tapa, Acatic, Yahualica, Arandas, Capilla, (Atotonilco y Ayutlán) por la tarde (de 4:00 p.m. a 8:00 p.m.). Y a Lagos acude el decanato de Lagos y los adolescentes y jóvenes, durante la Vigilia nocturna (de 11:00 p.m. a 5:00 a.m.).

ESTACIÓN EN SAN JUAN DE LOS LAGOS

La gente espera la llegada de las reliquias en El Calvario, a las 7:30 de la mañana, haciendo valla en las calles a la indicación del repique general de campanas. Las calles están adornadas de festones amarillo y blanco, con pendones alusivos. Alumnos de escuelas y colegios, vestidos de camisa y sweater blanco y pantalón o camisa negra, por las calles; Los Caballeros y Damas de la Virgen de San Juan en la Plaza y el atrio.

El Sr. Obispo Felipe Salazar, el Cabildo y el clero de Catedral, los sacerdotes de la Ciudad, el Seminario, y los abanderados o portainsignias de los Grupos apostólicos, asociaciones piadosas y Movimientos, con sus respectivas banderas, acompañan a las Reliquias en desfile festivo hasta la iglesia catedral, precedidos por las bandas de guerra, y flanqueándolas la Guardia de Honor de la Virgen.

Recorre Benigno Romo, da vuelta por Francisco Javier Nuño para pasar frente a la iglesia de San Juan Bautista, por Rita Pérez llega a la Plaza principal, a la cual da una vuelta completa, y finalmente entra al atrio de la Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan, por la puerta principal, para pasar al lugar preparado.

Llegando, se realiza en el atrio la Misa de Recepción de las Reliquias, y al final pasan estas al interior de la Catedral-Basílica, entrando sólo el clero y el seminario. Desde la víspera se baja la Ima-



gen de la Virgen de San Juan para colocarse en su urna o templete al ingreso al presbiterio. No habrá ninguna celebración en el interior de la iglesia catedral, con el fin de dejarla exclusivamente para la visita a las Reliquias, por decanatos. Dentro estarán grabaciones de textos de mensajes del Beato Juan Pablo II, sobre todo marianos.

Los peregrinos de las parroquias correspondientes, se estacionan en el Malecón, y suben por la calle Minerva. Entran a la Plaza principal por enfrente del antiguo Mesón de la Virgen (Escuela Rita Pérez), por las vallas preparadas que los llevan hasta la Basílica. Debidamente acreditados, a la hora indicada, van entrando en procesión por la puerta principal, circulando por la callecita del centro, pasan junto a las Reliquias para venerarlas y ante la Imagen de la Virgen, y van saliendo por la puerta lateral y del fondo del lado de la Colecturía, para salir por la puerta lateral del atrio. Se les entrega un tríptico o una estampa.

Los turnos son como sigue:

8:00 a.m. Seminario y Religiosos.

9:00 a.m. Decanato 8 (San Julián).

10:00 a.m. Decanato 6 (Jalostotitlán).

11:00 a.m. Decanatos 9 (Ayotlán).

12:00 hs. Decanato 4 (Atotonilco).

1:00 p.m. Decanato 4 (San Juan).

2:00 p.m. Despedida de las Reliquias. Gira alrededor de la Plaza. Y sale por Calle Segovia hasta el Boulevard Díaz Ordaz, donde sube al Puente para tomar la autopista.

ESTACIÓN EN TEPATITLÁN



Las Reliquias llegan por la autopista, salen en el crucero de Arandas, y llegan al Arco de la Esperanza

3:30 p.m. Llegada en el Arco de la Esperanza: Estación de entrada.

4:00 p.m. Recorre calle Mariano Jiménez; dobla por Jesús Reynoso; da vuelta a la Parroquia de San Francisco y entra al templo Parroquial: Estación de Recepción.

No está prevista celebración de misa, solo estación de oración. Animación con el rosario por el Papa, imágenes, video.

En dos filas se entra por la puerta principal y se sale por la puerta lateral. Al inicio de la hora se da preferencia a los fieles del decanato correspondiente, y enseguida pueden entrar los habitantes de Tepatitlán.

4:00 p.m. Acatic.

5:00 p.m. Capilla de Guadalupe.

6:00 p.m. Arandas.

7:00 p.m. Yahualica.

8:00 p.m. Tepatitlán.

8:30 p.m. Salida por Calle San Martín, Estación de Despedida en el Parque Hidalgo fuera del Auditorio Miguel Hidalgo. Sigue por la calle J. Cruz Ramírez, y sale por la Avenida Colosio.

ESTACIÓN EN LAGOS DE MORENO



Llega a las **10:30** p.m. por Calle Hidalgo hacia el templo parroquial de La Asunción.

11:00 p.m. Celebración de Recepción.

12:00 p.m. Vigilia de adolescentes y jóvenes.

5:00 a.m. Celebración de despedida.

6:00 a.m. Salen las Reliquias por la Salida a Unión de San Antonio para tomar la autopista y entregarlas a la Arquidiócesis de León a las **7:00** a.m. donde inicia el Estado de Guanajuato.

TEMAS ILUMINADORES

1. QUIÉN ES EL SANTO PADRE

Jefe de la Iglesia

Los medios de comunicación ofrecen los datos históricos, estadísticos y publicitarios sobre las personas y los hechos. Pero no el significado que tiene para los cristianos, a la luz del Evangelio, o lo presenta deformado. Por eso hablamos sobre el significado del Papa.

Dios creó el hombre a su imagen y semejanza para entrar en comunión con él. Él toma la iniciativa de hacerse conocer. Se nos va revelando como único Dios, no solitario, sino como una familia de Amor, formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nos manifiesta que hemos sido creados a su imagen y semejanza: somos buenos en la medida en que nos parecemos a Él porque nos amamos; somos malos o pecadores, en las diversas formas que somos egoístas, o nos dividimos unos contra otros.

De hecho, Adán y Eva se alejaron de Dios y se distanciaron entre ellos: entró en el mundo el pecado, o sea el egoísmo que lleva a la debilidad y a la muerte. Pero Dios, que es amor, no puede dejar de amar; por eso desde siempre decide enviar, en la plenitud los tiempos, a su Hijo, para salvarnos, es decir, re-unir a toda la creación en torno a la humanidad de su Hijo.

El primer fruto visible de la salvación es la comunidad de sus amigos íntimos y lugartenientes, cuyo número «Doce» significa totalidad y universalidad. Ellos son los primeros miembros de la primera comunidad cristiana que llamamos Iglesia.



Así como el Padre, para salvarnos, se sirve de la humanidad de su Hijo, así Jesucristo se sirve de esta comunidad de hombres, a los que conocemos como apóstoles, para hacer llegar a todos la salvación. Jesús, el mediador del Reino de Dios, escoge a «Doce», para que estén en comunión con El, enviarlos a predicar y hacerles partícipes de su poder (Mc 13,14). Pone en su ministerio la acción creadora de Dios: «Como el Padre me envió, así les envío yo; reciban el Espíritu Santo» (Jn 20,21).

En la Iglesia todos somos pueblo de Dios, pero algunos tienen autoridad. Dios guía a su pueblo a través de hombres (*Sal 77/76,20*). No todos tienen la misma función ni poder (*I Co 12,27-28*). La Jerarquía son los diversos grados de autoridad que hay en la Iglesia. Jesús es la autoridad en su pueblo (*Jn 10,14*). Pero delegó su autoridad en los apóstoles (*Jn 20,21*). Y puso al frente de ellos a Pedro (*Mt 16,19; Jn 21,15-17*), pidiendo por él en la crisis para que confirme en la fe a sus hermanos (*Lc 22,31-32*).

Sucesor de Pedro

El papado, pues, tiene su origen en San Pedro, apóstol de Jesús, quien fue constituido como primer Papa y a quien se le otorgó la dirección de la Iglesia y primado Apostólico. Jesús le da el nombre especial de Kefás (Roca en arameo, traducido al griego como *πέτρος*: Pedro) (Mc 3,16; Jn 1,42), el cual señalaría la futura misión del apóstol.

El pasaje evangélico clave es Mateo 16, 13-20, donde Jesús hace entrega a Pedro de las «llaves del

reino de los cielos» y se refiere a él como la «roca sobre la cual fundaría su Iglesia». Pedro manifiesta su fe en que Cristo es el Mesías e Hijo de Dios. Jesús hace de esta fe el fundamento de la Iglesia, comunidad de fe. El poder de personar dado a los apóstoles se confiere de modo especial a Pedro, con el poder de las llaves. Jesús hace a Pedro el portavoz de Él y de los «Doce» (Mt 16,16-18).

A Pedro, pues, Jesús lo constituyó como piedra de su Iglesia y el entregó las llaves de ella (Mt 16,15-19), y lo constituyó pastor de todo el rebaño (Jn 21,15-17). Los protestantes lo niegan con algunos argumentos:

- a) *El dedo*: cuando Cristo dijo «sobre esta piedra» se señaló a sí mismo; sin embargo, el evangelista no consigna este gesto tan significativo.
- b) *La piedrita*: Jesús distinguió: «tú eres piedrita de río, y sobre la roca que soy yo edificaré mi Iglesia». Pero el texto griego llama «kefas» = roca a Pedro.
- c) *Preponderancia de Roma*, capital del imperio. Pedro pasó de Cesarea a Roma.
- d) *Cristo es la roca* (2 Pe 2,4; Ef 2,20). Pero en la economía de la salvación todo es sacramental: la Jerusalén celestial descansa sobre doce piedras (Ap 21,14); la roca invisible que es Cristo tiene un sacramento: la roca visible que es Pedro.

Es evidente la preeminencia de Pedro en el grupo de los «Doce», antes y después de la Resurrección. En las listas de apóstoles, los Evangelios siempre lo nombran en primer lugar (a pesar de no haber sido el primero en recibir la llamada de Jesús), incluso utilizando el título de «el primero» (Mt 10,2).

Jesús no le retira la preeminencia a pesar de haberlo negado (Mt 26,69-75), pues la iniciativa y fuerza salvadora no viene de Pedro, sino de Dios. Después de la Resurrección, Jesús nuevamente le menciona su papel: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas» (Jn 21,15-17), donde apacientar en términos bíblicos es 'gobernar' (cf Hch 20,28). Las tareas confiadas al humilde Pedro, convertido por el encuentro con el Resucitado, es la de unir y confirmar en la fe a sus hermanos (Lc 22,32), y pastorear la comunidad de discípulos (Jn 21,15-19).

En los Hechos de los Apóstoles se muestra su papel de dirección: preside a los apóstoles (Hch 1,14-15), se encarga de iniciar la dirección del que

tomaría el lugar de Judas (Hch 1,15), habla ante el sanedrín (4,8), preside el juicio (5,3), recibe a los primeros paganos convertidos (10,44-47), es el primero en salir a hablar después de la venida del Espíritu Santo como portavoz de todos (Hch 2,14.37), el primero en hablar en el concilio de los apóstoles (Hch 15,17), decide en el Concilio de Jerusalén (15,6-7.10), inspecciona las comunidades (9,32; 8,15), declara la autenticidad de la Escritura (2 Pe 1,20-21; 3,15-16); la Iglesia ora por él (Hch 12,5). Su nombre aparece 97 veces en el NT, mientras que el de Juan sólo 38; y 29 hacen referencia a su supremacía.

Como esa misión dura hasta el fin de los siglos (Mt 28,20), los Apóstoles se preocupan de procurarse sucesores: los Obispos (LG 20). Al morir los apóstoles no se perdió la autoridad, pues ellos eligieron sucesores y crearon toda una estructura de continuidad: imponen las manos para la misión y sucesión (Hch 14,23; 6,1-6; 1 Tm 4,14; Hch 20,17-28), dan normas para elegir a los responsables de las comunidades (1 Tm 3,1-13; 5,17-25; Tt 1,5-9; 1 Pe 5,1-4). Los dones estrictamente personales no podían pasarlos a otros; pero los dones para la comunidad, es decir, lo que Cristo les concedió para su misión, lo transmitieron, ya que la misión y triple potestad de Jesús debe continuar hasta el fin del mundo. Actualmente los Obispos, «establecidos por el Espíritu Santo» (Hch 20,28) presiden directamente en nombre de Dios, el rebaño de Cristo (LG 19), con Pedro y bajo su ministerio de comunión en la fe y en la disciplina.

Obispo de Roma y del mundo

Los cristianos asocian el apostolado de Pedro con la Iglesia de Roma. Se establece entre la Iglesia particular de Roma y las otras Iglesias particulares una relación similar a la de Pedro con los demás apóstoles. «La Iglesia de Roma preside en la caridad» escribe San Ignacio de Antioquía en el año 102. «La Iglesia de Roma tiene la cátedra de Pedro» afirma San Cipriano en el siglo III.

Pedro estuvo en Roma (1 Pe 5,13; cf Ap 14,8; 17,5; 18,21). En todo el primer milenio jamás se puso en duda el hecho de que Pedro y Pablo fueran los fundadores de la Iglesia de Roma; sus tumbas fueron objeto de peregrinaciones. En 1950 al terminar las excavaciones se encontró la tumba de Pedro.

En Roma se guarda además sus cadenas, su celda, y el lugar de su martirio.

El Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, «es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles» (LG 23). Obispo de Roma, vicario de Cristo, sucesor de Pedro, siervo de los siervos de Dios, Santo Padre y Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia católica, cabeza del Colegio episcopal, jefe de Estado y soberano del Estado de Ciudad del Vaticano.

El obispo de Roma no es Primado por ser obispo de la capital del imperio, sino porque en esa ciudad predicó y murió Pedro. Porque Pedro es el Primado, Roma es la primera sede.

En el Decreto de Gelasio, que recoge documentos de los 4 primeros siglos, se lee: «La primera sede del Apóstol Pedro es Roma; la segunda es Alejandría; la tercera es Antioquía, ciudad en la que habitó Pedro antes de ir a Roma; en Antioquía los seguidores de Cristo comenzaron a ser llamados cristianos» (DS 351).

Es un primado de honor y de jurisdicción, para servir a la unidad. Algunas veces en lo jurídico, por influjo del derecho romano; otras veces en la caridad. Unidad no significa uniformidad en la manera de presentar a Cristo, sino fidelidad al Señor Jesús, ofreciéndolo con el ropaje cultural de los diversos pueblos.

A nivel internacional, recibe el trato de jefe de Estado y el tratamiento honorífico y protocolario de Su Santidad. Es el representante por excelencia de la Santa Sede, la cual tiene personalidad jurídica propia, canónica (CIC 361) e internacional. Tiene inmunidad diplomática (no puede ser acusado en tribunales, pues más de 170 países lo reconocen como Jefe de Estado del Vaticano).

Como jefe supremo de la Iglesia tiene las facultades de cualquier obispo, y además aquellas exclusivas inherentes a la cátedra petrina, entre ellas: la declaración universal de santidad (canonización), creación de cardenales y la potestad de declarar dogmas y declaración sobre fe y moral en cuanto autoridad suprema de la Iglesia, exento de cometer errores al momento de promulgar esa enseñanza dogmática en materia de fe y moral (*Constitución Dogmática Pastor Aeternus*, 1870, Concilio Vaticano I Cap 4).

Popularmente se cree que PAPA es un acróstico del latín *Petri Apóstoli Potestatem Accipiens*: ‘el que recibe la potestad del (sucede al) apóstol Pedro’. En el latín clásico significa ‘tutor’ o ‘padre’; proviene del griego *πάππας* (*páppas*), que significa ‘padre’ o ‘papá’, término usado desde el siglo III para referirse a los obispos en el Asia Menor y desde el siglo XI exclusivo del Romano Pontífice.

Durante los primeros siglos de la historia del cristianismo, la expresión *Papa* se usaba para dirigirse o referirse a los obispos, en especial a los metropolitanos u obispos de diócesis mayores en extensión o importancia. Así, Cipriano de Cartago, por ejemplo, es llamado papa (cf. Epist. 8, 23, 30 etc.).

La primera vez que se tiene constancia del empleo de esta expresión para el obispo de Roma es en una carta de Siricio (cf. Carta VI: PL 13,1164), a fines del siglo IV. Sin embargo, seguía utilizándose indistintamente para otros obispos. Hay que esperar a Gregorio VII para un uso ya exclusivo del obispo de Roma.

Conclusión

En conclusión: Jesús cambió el nombre de Simón por Piedra, en razón de la misión que le encomienda. Ha ejercido la función de Cabeza de los apóstoles (es el primero en las listas de los apóstoles; toma la palabra en nombre de ellos, recibe signos de primacía, dirige las comunidades, Pablo lo recuerda con frecuencia). Los obispos de Roma han ejercido históricamente la función de Pedro: Clemente Romano interviene en la sublevación de Corinto, cuando aún vivía Juan; el papa Aniceto decide sobre la cuestión de la Pascua con Policarpo e Ireneo; San Ceferino es llamado por Tertuliano «pontífice máximo y obispo de los obispos». El Papa es vicario de Cristo y sucesor de Pedro; goza del primado o suprema autoridad en la Iglesia por voluntad de Cristo.

Para cumplir su ministerio cuenta con la ayuda de la **Curia Romana**, que se compone de una Secretaría de Estado, 9 Congregaciones, 12 Consejos Pontificios, 4 Tribunales, 4 Oficinas, 7 Comisiones-Comités, y 14 Instituciones vinculadas a la Santa Sede.

¿Es infalible el papa? Infalible no quiere decir impecable, ni tampoco que no pueda decir errores.

Significa que cuando habla como maestro supremo de todos los cristianos y afirmando la suprema autoridad de su cargo («ex cathedra»), para definir una doctrina referente a la fe y a las costumbres, goza de una asistencia especial del Espíritu Santo que le impide errar. Porque el que no cree se condena (*Mc 16,16*), así que la fe no puede estar a merced de mentirosos y profetas falsos (*Mc 13,22; 2 Pe 2,1*) que prediquen un Evangelio distinto (*Ga 1,8*). Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia (*Mt 16,18*); prometió su asistencia hasta el fin del mundo (*Mt 28,20*), para hacerlos testigos e la verdad (*Jn 18,37*), y por eso escuchamos a los pastores (*1 Jn 4,6*).

El Papa tiene una asistencia especial del Espíritu para sopesar lo que sus hermanos obispos exponen y proponen, con libertad para decidir. Une así con vínculos de caridad a pastores y comunidades de diversas culturas. Ejerce su primado abierto a las situaciones nuevas, sin renunciar a su servicio imprescindible de unir en la fe, la disciplina y la caridad.

Una forma de amar al sucesor de Pedro es ser fieles en el seguimiento de Jesucristo. Otra, ayudarle en sus gastos para su apostolado, ejercido desde el Estado del Vaticano, cuyo balance anual es de 175 millones de dólares, mediante el óbolo de San Pedro.

2. QUIÉN FUE EL BEATO PAPA JUAN PABLO II

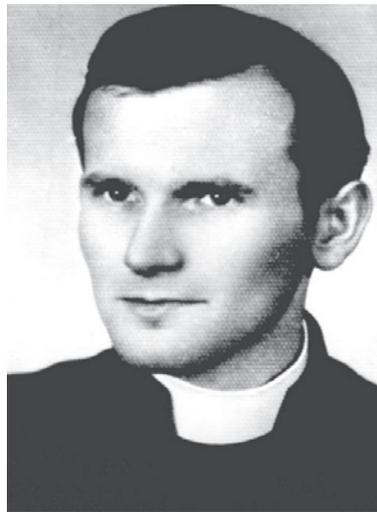
Su vida

Karol Wojtyła nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, al sur de Polonia. Su familia estaba conformada por su padre Karol Wojtyła, un militar del ejército austro-húngaro, su madre, Emilia Kaczorowsky, una joven sileciana de origen lituano, y un hermano adolescente de nombre Edmund.

Sus padres lo llevaron a bautizar a los pocos días de nacer a la iglesia parroquial de Santa María de Wadowice, y el sacramento lo realizó el sacerdote Francesco Zak. A los 9 años recibió la primera Comunión, y acostumbraba con sus amigos visitar el Santísimo y luego rezar una oración ante la imagen de la Virgen. A los 9 años también recibió el duro golpe del fallecimiento de su madre al dar a luz a una niña que murió antes de nacer; eligió a María como su Madre. Años más tarde falleció su hermano y en 1941 murió su padre.

A los 18 años recibió el sacramento de la Confirmación. De joven, el futuro Pontífice mostró una gran inquietud por el teatro y las artes literarias

polacas tan grande que, aún en el colegio, pensaba seriamente en la posibilidad de continuar estudios de filología y lingüística polaca. Sin embargo, un encuentro con el Cardenal Sapieha durante una visita pastoral, le hizo considerar seriamente la posibilidad de seguir la vocación impresa en el corazón y aún sin develarse: el sacerdocio ministerial.



Al desatarse la Segunda Guerra Mundial, los alemanes cerraron todas las universidades de Polonia con el objetivo de invadir no sólo el territorio sino también la cultura polaca. Frente a esta situación, Karol Wojtyła con un grupo de jóvenes organizó una universidad clandestina en donde estudió filosofía, idiomas y literatura. Al interrumpir los estudios por el cierre de la Universidad de parte de las fuerzas de ocupación nazis, trabajó en una cantera y, después, en la fábrica química Solvay. Esta experiencia le ayudó a conocer de cerca el cansancio físico, así como la sencillez, sensatez y fervor religioso de los trabajadores y los pobres.

En 1942 ingresó al Departamento Teológico de la Universidad Jaguelloniana. Estos años vivió oculto, junto con otros seminaristas, acogidos por el Cardenal de Cracovia.

El 1 de noviembre de 1946, a la edad de 26 años, Karol Wojtyla fue ordenado sacerdote en el Seminario Mayor de Cracovia de manos del cardenal Adam Sapieha, y celebró su primera Misa en la Cripta de San Leonardo en la Catedral de Wavel. Joven sacerdote, hacía largos viajes en bicicleta, acompañado de jóvenes, para visitar los santuarios marianos.

Al poco tiempo, fue enviado a Roma, donde obtuvo la licenciatura en Teología en la Universidad Pontificia de Roma *Angelicum*, con la tesis «Doctrina de la fe en San Juan de la Cruz», y más adelante se doctoró en Filosofía. Durante algún tiempo se desempeñó como profesor de Ética en la Universidad Católica de Dublin y en la Universidad Estatal de Cracovia, interactuando con importantes representantes del pensamiento católico polaco, especialmente el «tomismo lublinense».

En Polonia recibió varias tareas pastorales y enseñó las sagradas disciplinas. El 4 de julio de 1958, el Papa Pío XII le nombró Obispo auxiliar de Cracovia. El 23 de septiembre de 1958 fue ordenado Obispo Auxiliar del Administrador Apostólico de Cracovia, Monseñor Baziak, convirtiéndose así en el miembro más joven del episcopado polaco.

Asistió al Concilio Vaticano II, donde participó de una manera muy activa, especialmente en las Comisiones responsables de elaborar la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* y la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Durante estos años, el entonces Obispo Wojtyla combinaba la producción teológica con una intensa labor apostólica, especialmente con los jóvenes, con quienes compartía tanto momentos de reflexión y oración como espacios de distracción y aventura al aire libre.

El 13 de enero de 1964, al fallecer Monseñor Baziak, el obispo Wojtyla ocupó la sede de Cracovia como titular. Dos años después, el Papa Pablo VI convierte a Cracovia en Arquidiócesis. Durante su labor como Arzobispo, el futuro Papa se caracterizó por la integración de los laicos en las tareas pastorales, la promoción del apostolado juvenil y

vocacional, la construcción de templos a pesar de la fuerte oposición del régimen comunista, la promoción humana y formación religiosa de los obreros y el aliento del pensamiento y las publicaciones católicas.

El 26 de junio de 1967, a los 47 años de edad, el Arzobispo Wojtyla fue creado Cardenal por el Papa Pablo VI. En 1974, el nuevo Purpurado ordenó a 43 nuevos presbíteros, en la ordenación sacerdotal más numerosa de Polonia desde que terminó la Segunda Guerra Mundial.

En 1978, al morir Pablo VI, fue elegido Papa el Patriarca de Venecia, Cardenal Albino Luciani, de 65 años, quien tomó el nombre de Juan Pablo I, en honor a los dos pontífices anteriores (Juan XXIII y Pablo VI) y los Apóstoles correspondientes. Sin embargo, el «Papa de la Sonrisa» falleció a los 33 días de su nombramiento. El 16 de octubre de 1978, luego de un nuevo Cónclave, el Cardenal polaco Karol Wojtyla fue elegido como el sucesor de San Pedro, rompiendo con la tradición de más de 400 años de elegir Papas de origen italiano. El 22 de octubre de 1978 fue investido como Sumo Pontífice con el nombre de Juan Pablo II. En su escudo papal aparece la M de María, y su lema es «Totus tuus», pues consagra todo su ser a Dios por mediación de María.

Dios permitió que su Pontificado fuera extenso y prolífero, que con su Magisterio y testimonio fuera capaz de cambiar el rostro de la Iglesia al inicio del Tercer Milenio, y que transformara vidas humanas e influyera en la cultura y vida de muchas naciones con la fuerza del Evangelio.

El 13 de mayo de 1981 sufrió un atentado en la Plaza de San Pedro; camino al Hospital Gemelli invocaba a María; y el 13 de mayo de 1982 fue a Fátima a dar gracias, con dos millones de fieles: con un cirio en la mano recorrió la Plaza cantando el Ave María, dijo ser «un milagro de la Virgen de Fátima», y duró 45 minutos ante la Imagen.

Murió el 2 de abril de 2005 y fue beatificado por el Papa Benedicto XVI el domingo 1 de mayo de 2011.

Su pontificado

El pontificado de Juan Pablo II ha sido uno de los más largos de la Iglesia. Bajo diferentes aspectos,

hubo muchos cambios: caída de regímenes a la que él contribuyó. Con el objetivo de anunciar el Evangelio realizó muchos viajes a diferentes países.

Ejerció el ministerio petrino con incansable espíritu misionero, dedicando todas sus energías, movido por la «solicitud por todas las Iglesias» y por una caridad abierta a toda la humanidad.

Más que todos sus predecesores se ha encontrado con el Pueblo de Dios y con los responsables de las naciones, en las celebraciones, en las audiencias generales y en las visitas pastorales.

Su amor por los jóvenes le llevó a comenzar las Jornadas Mundiales de la Juventud, convocando a millones de jóvenes de varias partes del mundo.

Promovió el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándoles en ocasiones en encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís.

Amplió notablemente el Colegio de los Cardenales, creando 231 (y uno «in pectore»). Convocó quince Asambleas del Sínodo de los Obispos, siete generales ordinarias y ocho especiales. Erigió numerosas diócesis y circunscripciones, en particular en el Este Europeo.

Reformó los Códigos de Derecho Canónico Occidental y Oriental, ha creado nuevas instituciones y reordenado la Curia Romana.

Como «gran sacerdote» ha ejercido el ministerio litúrgico en la diócesis de Roma y en todo el orbe, en plena fidelidad al Concilio Vaticano II. Ha promovido de manera ejemplar la vida y la espiritualidad litúrgica y la oración contemplativa, especialmente la adoración eucarística y la oración del santo Rosario y otras devociones marianas.

Bajo su guía, la Iglesia ha entrado al tercer milenio y ha celebrado el Gran Jubileo del año 2000, según las líneas indicadas con la carta apostólica «Hacia el Tercer milenio» y «Entrado el nuevo milenio», mostrando a los fieles el camino del tiempo futuro.

Con el Año de la Redención, el Año Marino y el Año de la Eucaristía, ha promovido la renovación espiritual de la Iglesia.

Dio un impulso extraordinario a las canonizaciones y beatificaciones para mostrar innumerables ejemplos de santidad de hoy, que sirvan de aliento

a los hombres de nuestro tiempo. Proclamó doctora de la Iglesia a Santa Teresa del Niño Jesús.

Su magisterio doctrinal es muy rico. Custodio del depósito de la fe, se entregó con sabiduría y valentía a promover la doctrina católica, la teología moral y espiritual, y a enfrentarse a las tendencias contrarias a la genuina tradición de la Iglesia.

Entre los documentos principales, se encuentran 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, además de las catequesis propuestas en las audiencias generales y de las alocuciones pronunciadas en todas las partes del mundo.

Con su enseñanza, Juan Pablo II ha confirmado e iluminado al Pueblo de Dios sobre la doctrina teológica (encíclicas «Redentor del hombre», «Rico en misericordia», «Señor y dador de vida»), antropológica y social (encíclicas «Ejerciendo el trabajo», «Solicitud por las cuestiones sociales», «Año centenario»), moral (encíclicas «El esplendor de la Verdad», «El Evangelio de la Vida»), ecuménica (encíclica «Que sean uno»), misiológica (encíclica «Misión del Redentor»), mariológica (encíclica «Madre del Redentor»).

Promulgó el Catecismo de la Iglesia Católica a la luz de la Tradición, autorizadamente interpretada por el Concilio Vaticano II. Publicó también algunos volúmenes como doctor privado. Su magisterio culminó en la encíclica «Iglesia de Eucaristía» y en la carta apostólica «Quédate con nosotros, Señor», durante el Año de la Eucaristía.

En la luz de Cristo resucitado, el 2 de abril de 2005, a las 21:37 hs, entrado el día del Señor, Octava de Pascua y Domingo de las Divina Misericordia, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes.

Ha dejado a todos un testimonio admirable de piedad, vida santa y paternidad espiritual. Su memoria se queda en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad.

En efecto, durante su pontificado, el Papa Juan Pablo II viajó un total de 1.247,613 kilómetros (3,24 veces la distancia de la Tierra a la Luna) en visitas pastorales:

- realizó 104 viajes fuera de Italia, 146 en Italia; hizo 301 visitas a parroquias en Roma.

- visitó 129 países y territorios diferentes;
- pasó 822 días (más de dos años y tres meses) fuera del Vaticano;
- leyó más de 20 mil discursos: casi 100 mil páginas;
- celebró más de mil 160 audiencias generales en el Vaticano a las que asistieron más de 17,64 millones de personas.
- emitió más de 100 documentos importantes, incluyendo 14 encíclicas, 45 cartas apostólicas y 14 exhortaciones apostólicas.
- beatificó a mil 338 personas; y canonizó a 482 (más que todos sus predecesores en los últimos cuatro siglos juntos).
- creó 231 cardenales (183 siguen vivos; 116 tienen menos de 80 años y pueden ser electores de un nuevo Papa).
- se ha reunido con más de mil 590 jefes de Estado o de Gobierno.

La mayor multitud reunida en una Misa papal fue unos cuatro millones de personas en Manila en 1995. Y la celebración en la cual se congregó el menor número fue de unas 200 durante un viaje a los países nórdicos en 1989.

Visitas a México

Nuestra Patria tuvo la bendición de Dios de recibirlo en cinco Visitas Apostólicas.

Primera Visita, del 26 de enero al 1 de febrero de 1979, para inaugurar los trabajos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla.

Segunda Visita, del 6 al 13 de mayo de 1990, para la Beatificación de los siervos de Dios Juan Diego, los niños mártires de Tlaxcala: Cristóbal, Antonio y Juan, y el Padre José María de Yermo y Parres. Es cuando visitó San Juan de los Lagos, para su encuentro con los jóvenes, en el marco del V centenario de la evangelización del Continente.

Tercera Visita, del 11 al 12 de agosto de 1993, a Mérida, Yucatán. Sus discursos en Izamal, Yuc., los enfocó para promover el respeto de las etnias de la región.

Cuarta Visita, del 22 al 26 de enero de 1999. El Papa proclamó a Santa María de Guadalupe «Rei-

na de toda América» y presentó la Exhortación Apostólica «**Ecclesia in America**».

Quinta Visita, del 30 de julio al 1 de agosto de 2002, ya muy delicado de salud, para la Canonización de san Juan Diego y la Beatificación de los mártires de Cajones, Juan Bautista y Jacinto de los Angeles.

Visita a San Juan de los Lagos

El Sr. Obispo José Trinidad Sepúlveda deseaba que de todos los rincones de la Diócesis pudieran acudir las personas para ver y escuchar al Papa, pues la mayoría no tiene posibilidad de viajar a Roma. Por eso se empeñó en que se incluyera San Juan de los Lagos en el itinerario del viaje papal de Juan Pablo II en mayo de 1990, persuadiendo al Sr. Girolamo Prigione, Delegado apostólico en México.

La Visita se inscribió en el novenario de años de preparación al V centenario de la evangelización del Continente: beatificar a Juan Diego y a los preadolescentes mártires de Tlaxcala en la Basílica de Guadalupe, saludar a los religiosos en el lugar de los pobres (Chalco), celebrar en Veracruz la llegada del Evangelio a México, encontrarse con los jóvenes en San Juan de los Lagos, pasando por Aguascalientes (mensaje a los maestros), y desde ahí lanzarse a las rutas de evangelización de la Nueva Galicia en sentido inverso a la peregrinación de las tribus nahuatlacas: Zacatecas (mensaje a las mamás), Durango (Ordenaciones sacerdotales) y Monterrey (encuentro con los trabajadores).

Detrás del Balneario Montana fue el campamento de los jóvenes de todo el país. Llegaron el día 7 de mayo, haciendo una verdadera fiesta religiosa nacional. Por la noche, una tempestad desbarató parte del camino a la explanada.

El 8 de mayo, hacia las 8:30 de la mañana, llegó el Santo Padre al Helipuerto del entronque con la carretera a San Sebastián, recibido por el Sr. Sepúlveda. Recorrió en el Papamóvil la carretera prácticamente sola, pues las fuerzas de seguridad regresaron las unidades que venían a ver al Papa.

A las 10 de la mañana hizo la Visita al santuario de Nuestra Señora de San Juan, nuestra catedral basílica, siguiendo el ritual correspondiente. Ahí tuvo su encuentro con sacerdotes, religiosos, y

algunos representantes del pueblo. En el atrio, el Peregrino de Paz dio un saludo a la «Tierra de mártires». Luego pasó a la Estancia papal en la abadía para comer y descansar.

En la Explanada detrás del templo del Rosario, el templete de las tres culturas refleja nuestra identidad: la indígena expresada en la pirámide, la colonial en la espadaña del fondo, y la moderna, en el techo. Ahí esperaban los jóvenes y el pueblo.

Poco después de la una de la tarde llegó la comitiva de sacerdotes, revestidos de casulla y estola, acompañando la Imagen venerada de la Virgen de San Juan.

El Vicario de Cristo llegó unos 20 minutos después de las 2 p.m., entre desbordantes manifestaciones de júbilo y fe, acompañado del Sr. Sepúlveda, el Delegado Apostólico, y otros Obispos.

El mensaje del Papa, sobre el pasaje de los discípulos de Emaús, despertó mucho el interés de los jóvenes por participar en la labor evangelizadora. «Me siento vuestro amigo, porque Cristo es vuestro amigo... me siento vuestro amigo, un poco más viejo». «Llevais en vuestras manos, como frágil tesoro, la esperanza del futuro»... «No destruyais vuestras cualidades y valores poniéndoos al servicio de los poderes del mal que existen en el mundo ¡existen! ¿Os dejareis engañar por esos poderes que pretenden convertirnos en títeres e instrumentos fácilmente manipulables al servicio de una cultura insolidaria y sin horizontes? ¿Caereis en la tentación de alienar el precioso don de vuestra vida con el poder de la droga destructora y asesina, la fuerza cegadora del hedonismo o la prepotencia irracional de la violencia?»... «¿Cómo es posible que muchos jóvenes compañeros y amigos vuestros estén cansados y aburridos de la vida antes de empezar a vivirla? ¿Cómo entender que estén ya de vuelta sin haber llegado todavía a ninguna parte?»... «María espera de vosotros que respondáis generosamente a la llamada de su Hijo si Él os lo pide todo. No tengáis miedo si el Señor os llama para una vocación de consagración especial. Cristo pide la vida entera, una entrega radical y sin límites».

Al final colocó una coronita en las sienes de la bendita Imagen de la Virgen de San Juan (cuya coronación pontífica se había realizado en 1904).

Las últimas palabras, improvisadas, del Romano Pontífice, fueron las más aplaudidas: «San Juan de los Lagos, un lugar maravilloso. Un lugar que parece pobre; un lugar de tantas riquezas. Tantas riquezas son los jóvenes... A todos muchas gracias por esta celebración de hoy en este lugar que maravillosamente se llama San Juan de los Lagos. Adiós».

Casi a las 5:30 de la tarde el Papamóvil abandonó la Explanada, para abordar el helicóptero. La gente, con espejos reflejando los rayos del sol poniente, despedía al Vicario de Cristo que había visitado este pequeño poblado del Occidente de México.

Conclusión

La vida del Papa Juan Pablo II reflejó su amor a Cristo, a la Iglesia y a María. Buscó conocer a sus ovejas en sus numerosos viajes; en ellos intentaba confirmar a sus hermanos en la fe. Los alimentó con su elocuente y fascinante magisterio, abundando sobre todos los temas. Fue luz en medio de las tinieblas que nos rodean, manteniendo un liderazgo universal en medio de una crisis generalizada. Le debemos importantes cambios en la Iglesia y en el mundo.

A la vez que recordamos al Papa Juan Pablo II, apoyamos al actual sucesor de Pedro, Papa Benedicto XVI, y nos solidarizamos con él en estas circunstancias tan difíciles en que se le ataca de tantas formas, pese a claridad y firmeza. Oremos también para que la causa de beatificación de Juan Pablo II pueda superar los distintos obstáculos y pronto sea elevado a los altares para ser invocado como santo:

Oh Trinidad Santa, te damos gracias por haber concedido a la Iglesia al Papa Juan Pablo II y porque en él has reflejado la ternura de tu Paternidad, la gloria de la Cruz de Cristo y el esplendor del Espíritu de amor. Él, confiando totalmente en tu infinita misericordia y en la maternal intercesión de María, nos ha mostrado una imagen viva de Jesús Buen Pastor, indicándonos la santidad, alto grado de la vida cristiana ordinaria, como camino para alcanzar la comunión eterna Contigo. Concédenos, por su intercesión, y si es tu voluntad, el favor que imploramos, con la esperanza de que sea pronto incluido en el número de tus santos. Amén.

3. LEGITIMIDAD DEL CULTO A LAS RELIQUIAS



El culto a las reliquias se remonta a los comienzos del cristianismo. Se conservan bastantes documentos acreditativos a través de los siglos. Ha sido siempre un fenómeno de gran trascendencia por sus consecuencias sociales, económicas y culturales. Nuestra cultura tiende a ser práctica y perder de vista el valor de los símbolos. Sin embargo, aun guardamos recuerdos de seres queridos. Para el cristiano esos son los santos.

Se llaman **reliquias** a los restos de los santos después de su muerte. En sentido riguroso designa el cuerpo entero o cada una de las partes en que se ha dividido, aunque sean muy pequeñas. Por extensión se llaman reliquias también a los ropajes y objetos que pudieran haber pertenecido al santo en cuestión, o estar en contacto con él. En el caso de la Visita de las Reliquias del Beato Juan Pablo II, tenemos su sangre, que es parte de un tejido de su cuerpo, y también algunos ropajes.

Las reliquias en la Biblia

Eliseo recibe de Elías el **manto** con el cual hace milagros (2 Re 2, 9-14). Un muerto resucita al tocar los **huesos de Eliseo**: «Estaban unos sepultando un hombre cuando vieron la banda y, arrojando al hombre en el sepulcro de Eliseo, se fueron. Tocó el hombre los huesos de Eliseo, cobró vida y se puso en pie» (2 Re 13,21).

Una mujer enferma acudió a Jesús y tocó su manto: «habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues decía: ‘Si logro tocar aunque sólo sea la orla de sus vestidos, me salvaré’. Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal» (Mc 5,27-29). Ella no tocó el manto por el valor intrínseco del manto sino por tocar a Jesús. De la misma forma, tocamos las reliquias y las veneramos no por ellas mismas sino por el santo al que representan.

«Dios obraba por medio de Pablo milagros no comunes, de forma que bastaba aplicar a los enfer-

mos **los pañuelos o mandiles** que había usado y se alejaban de ellos las enfermedades y salían los espíritus malos» (Hch 19,11-12).

En estos tres casos las reliquias de hombres santos fueron instrumentos para obrar milagros. Jesús prometió a los Apóstoles que harían milagros. Dios puede utilizar las cosas naturales de forma sobrenatural (cf Tb 11, 7-15).

No sólo reliquias sino que hasta la **sombra de Pedro** curaba a los enfermos: «hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos» (Hch 5,15). Los fariseos, llenos de envidia ante los milagros, se opusieron a estas prácticas (5,17).

Las reliquias en la historia de la Iglesia

Los primeros restos recogidos de que se tiene noticia fueron los de san Esteban (primer mártir de la Iglesia).

Carta de San Ignacio de Antioquía a los fieles de la Iglesia de Esmirna (año 156): «Tomamos los huesos (de san Policarpo), que son más valiosos que piedras preciosas y más finos que oro refinado, y los pusimos en un lugar apropiado, donde el Señor nos permitirá reunirnos».

Existen las Actas de la pasión del obispo de Antioquía, San Ignacio, que murió en el anfiteatro de Roma en el año 107, bajo el mandato del emperador Trajano. Fue devorado en la arena por las fieras. Los cristianos se lanzaron para rescatar el cuerpo de Ignacio, y lo envolvieron en ricos tejidos para llevarlo de nuevo a su ciudad, Antioquía.

Siendo emperador Diocleciano (245-313), Aglae (mujer rica que vivía en Roma) envió a Bonifacio, su criado, a recoger los cuerpos de mártires que encontrara para guardarlos como reliquias. Él partió llevando varias carretas, oro y tejidos preciosos, pero fue detenido y ejecutado, y los tesoros que transportó sirvieron para que sus

amigos rescataran su propio cadáver, que fue considerado como reliquia.

Eran reliquias milagrosas el aceite de lámparas que se encendían delante de los cuerpos, así como las sábanas dispuestas sobre las tumbas, llamadas *brandea*. Incluso se tenía como reliquia el polvo recogido en los *loculi* (lugar de enterramiento en las catacumbas). Ropajes y cualquier otro objeto propiedad del mártir, incluso hilos extraídos del tejido de una prenda. En ocasiones estos objetos fueron tenidos como milagrosos en vida de sus propietarios. A san Pablo le pedían a veces su capa para la curación de algún enfermo.



Instrumentos de tortura: cadenas con fueron atados en el calabozo. Cuenta San Gregorio Magno que se distribuían las limaduras metidas en pequeñas llaves de oro. Él mismo envió una de esas llaves a Childeberto (511-558), rey de los francos (Epist. VI. Lib. 6) y otra a Dinamius, un ilustre patricio galo.

La cruz y los clavos del mártir que moría crucificado eran muy venerados. San Ambrosio (siglo IV) recogió algunos objetos después de la muerte de los santos Vital y Agrícola en su patíbulo en Bolonia y los llevó a la iglesia de Santa Juliana de Florencia. San Agustín (354 - 430) da noticia de una de las piedras que lapidaron a Esteban, primer mártir de la cristiandad, llevada a Ancône (Francia) y que contribuyó a extender el culto y la devoción hacia este santo. Muchos instrumentos de suplicio fueron encontrados en las tumbas, junto al cadáver. En los Museos Vaticanos se guardan un gran número de ellos.

San Gregorio llama a unos personajes ilustres de Ravena para que se presenten ante la tumba de San Apolinar (primer obispo de esta ciudad); y con la mano sobre las reliquias del santo, dieron testimonio de lo que se les pedía, empleando para este juramento una fórmula especial que se conserva en diversos documentos.

San Jerónimo (siglo IV) esbozó en su Carta a Ripparium las razones por las que se veneran las reliquias: «No rendimos culto y no adoramos por temor a hacerlo a las creaturas en vez de al Creador, pero veneramos las reliquias de los mártires para adorarle más a Él, dueño y Señor de los mártires».

San Gregorio de Niza (siglo IV) describe en su Panegírico al mártir San Teodoro el significado y la vivencia de tocar las reliquias: «Sólo los que han experimentado la felicidad de tocar las reliquias y han obtenido sus peticiones pueden saber cuán deseable es y qué gran recompensa».

San Agustín de Hipona (siglo V) en su libro La Ciudad de Dios dice: «Está claro que quien tiene afecto por alguien venera lo que queda de esa persona tras su muerte, no sólo su cuerpo sino partes de él e incluso cosas externas, como sus ropas. Entonces, en memoria de ellos [los santos] debemos de honrar sus reliquias, principalmente sus cuerpos, que eran templos del Espíritu Santo».

En el siglo VIII, el rey de los lombardos Luitprand desembolsó una suma considerable para hacerse con el cuerpo de San Agustín que se hallaba en poder de los bárbaros. Lo mismo ocurrió con las reliquias de san Juan Bautista, que estaban en manos de paganos comerciantes.

Los lugares en que los mártires habían vivido o simplemente habían pasado algún tiempo fueron tenidos como gran reliquia, por eso en muchas ocasiones se construyeron basílicas, como Martín de Tours en el lugar donde se suponía que había entregado la mitad de su capa a un pobre que se le apareció. El lugar preferido para levantar templos

fue el sitio donde había tenido lugar la muerte, sobre todo en la ciudad de Roma.

Los numerosos abusos, la muy dudosa procedencia de numerosas reliquias y su tráfico comercial fueron duramente criticados por Erasmo de Rotherdam y la Reforma protestante. Pero los protestantes, en vez de rechazar los abusos, rechazaron las reliquias en general. El Concilio de Trento, en una Declaración (1563), defendió la invocación a los santos, la veneración de las reliquias y las tumbas de los santos.

Dios continúa hoy haciendo milagros y se deleita de hacer muchos de ellos por la intercesión de sus santos. Encontrarme ante una reliquia me ayuda a meditar sobre el santo como una persona real que vivió nuestras luchas en la tierra y está ahora en el cielo.

Declaraciones de la Iglesia sobre las reliquias:

El Concilio de Trento manda a los pastores de almas «de acuerdo con el uso de la Iglesia católica, recibido desde los primitivos tiempos de la religión cristiana, de acuerdo con el sentir de los santos Padres y los decretos de los sagrados concilios: que instruyan diligentemente a los fieles en primer lugar acerca de la intercesión de los santos, su invocación, el culto de sus reliquias y el uso legítimo de sus imágenes, enseñándoles que los santos que reinan juntamente con Cristo ofrecen sus oraciones a Dios a favor de los hombres; que es bueno y provechoso invocarlos con nuestras súplicas y recurrir a sus oraciones, ayuda y auxilio para impetrar beneficios de Dios por medio de su Hijo Jesucristo Señor nuestro, que es nuestro único Redentor y Salvador» (Dz 984).

«Enseñen también que deben ser venerados por los fieles los sagrados cuerpos de los santos y mártires y de los otros que viven con Cristo, pues fueron miembros vivos de Cristo y templos del Espíritu Santo (1 Co 3,16; 6,19; 2 Co 6,16), que por Él han de ser resucitados y glorificados para la vida eterna, y por los cuales hace Dios muchos beneficios a los hombres» (Dz 985).

Y dice el Código de Derecho canónico: «Sólo es lícito venerar con culto público a aquellos siervos de Dios que hayan sido incluidos por la autoridad de la Iglesia en el catálogo de los Santos o de los Beatos» (CIC 1187).

«1. Está terminantemente prohibido vender reliquias sagradas. 2. Las reliquias insignes, así como aquellas otras que gozan de gran veneración del pueblo, no pueden en modo alguno enajenarse válidamente o trasladarse a perpetuidad sin licencia de la Sede Apostólica» (CIC 1190).

Y el Ritual de la Dedicación de iglesias: «Es oportuno conservar la tradición de la liturgia romana de colocar reliquias de mártires o de otros santos debajo del altar (IGMR 266)). Pero se tendrá en cuenta lo siguiente:

- a) Las reliquias deben evidenciar, por su tamaño, que se trata de partes de un cuerpo humano. Se evitará, por tanto, colocar partículas pequeñas.
- b) Debe averiguarse, con la mayor diligencia, la autenticidad de dichas reliquias. Es preferible dedicar el altar sin reliquias que colocar reliquias dudosas.
- c) El cofre con las reliquias no se colocará ni sobre el altar, ni dentro de la mesa del mismo, sino debajo de la mesa, teniendo en cuenta la forma del altar» (n. 5).

«Después del canto de las letanías, se colocan, si es el caso, las reliquias de un mártir, para significar que el sacrificio de los miembros tuvo principio en el Sacrificio de la Cabeza. Si no se dispone de reliquias de un mártir, pueden colocarse en el altar reliquias de otro santo» (n. 14).

Y el Ritual de la Dedicación de altares: «Toda la dignidad del altar le viene de ser la mesa del Señor, por ser los cuerpos de los mártires no honrar el altar, sino que éste dignifica el sepulcro de los mártires. Porque, para honrar los cuerpos de los mártires y de otros santos y para significar que el sacrificio de los miembros tuvo principio en el Sacrificio de la Cabeza, conviene edificar el altar sobre sus sepulcros, o colocar sus reliquias debajo de los altares, de tal manera que ‘vengan luego las víctimas triunfales al lugar en que la víctima que se ofrece es Cristo; por Él sobre el altar, ya que padeció por todos; ellos bajo el altar, ya que han sido redimidos por su Pasión’ (S. Ambrosio, Epístola 22,13; Ps. Máximo de Turín, Sermón 78). Esta disposición repite, en cierta manera, la visión de san Juan en el Apocalipsis: ‘Vi, al pie del altar, las almas de los asesinados por proclamar la Palabra de Dios y por el testimonio que mantenían’ (Ap 6,9). Porque aunque todos los santos son llamados, con razón, testigos de Cristo, sin embargo, el

testimonio de la sangre tiene una fuerza especial que sólo las reliquias de los mártires colocadas bajo el altar expresan en toda su integridad» (n. 5).

Y en el n. 20: «Se colocan bajo el altar las reliquias de mártires o de otros santos, para expresar que todos los que han sido bautizados en la Muerte de Cristo, y especialmente los que han derramado su sangre por el Señor, participan de la Pasión de Cristo».

Las reliquias representan a la persona con la que está asociada. Dios puede concedernos milagros por intercesión de los santos, pero más importante es acercarnos a los santos para inspirarnos en sus vidas e imitarlos con el deseo de también nosotros vivir en santidad y llegar al cielo.

«Ustedes, en cambio, se han acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación» (Hbr 12, 22-23).

Errores que se deben evitar en relación a las reliquias:

1- **Crear que las reliquias tienen poder por sí mismas.** Esto sería magia y superstición. Nuestra atención al venerarlas está en el santo.

2- **Exagerar la importancia de las reliquias en la Iglesia.** Las reliquias pueden ser una ayuda a la fe pero no son parte central de ella.

3- **Despreciarlas o dudar que Dios pueda utilizar sus instrumentos escogidos para hacer milagros según sus designios.** ¿Acaso necesitaba Dios darle una vara a Moisés para hacer milagros? No. Pero Dios ha querido valerse de ambos.

4- **Comerciar con reliquias, falsificarlas, explotar a los ingenuos.** Se han cometido excesos de este tipo. San Agustín (+430) denunció a impostores vestidos como monjes que vendían reliquias falsas. El Papa San Gregorio (+604) prohibió la venta de reliquias y la profanación de catacumbas. Igualmente el Código de Derecho canónico.

4. MÚLTIPLE CONMEMORACIÓN DEL 8 DE DICIEMBRE

Hay fechas muy densas de significado para determinados grupos humanos. El 8 de diciembre está lleno de conmemoraciones, con ricas y hondas reminiscencias para nosotros, grabadas en nuestro inconsciente colectivo. Recuerda la Guerra del Mixtón; la Clausura del Concilio Vaticano II; la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María y la presencia de la Purísima Concepción en la primera evangelización. Hoy se añade la Visita de las Reliquias del Papa Beato Juan Pablo II.

La Guerra del Mixtón

Hacia el 1164, las tribus nahuatlacas, peregrinando de Aztlán a Tenochtitlan, se enfrentan con los inmemoriales habitantes de estas tierras (chichimecas, cocas, tecuexes, caxcanes, tzacatecos, guachichiles). Los señoríos libres o tlatonazgos forman, hacia 1200, la Confederación Chimalhuacana.

En noviembre de 1529, sale de México el san-

guinario Nuño Beltrán de Guzmán, para conquistar nuestras tierras. Con los 500 españoles y más de 1,000 indios (mexicas, tlaxcaltecas, tarascos, huexotzingas), trae tres misioneros: Antonio de Segovia, Miguel de Bolonia y Juan de Jesús.

Desde Tonalá, en marzo de 1530, pone a sus capitales al frente de una sección del ejército para salir a expedición. Cristóbal de Oñate explora Cuquío, Manalisco, Yahualica, Acatic, Mexxicacán, Teocaltiche, Nochistlán, Xuchipila. Pedro Almíndez Chirinos recorre Tepatitlán, Xalostotitlán, Teocaltitán, Mitic, Mezquitic. Y Nuño de Guzmán marcha hacia Villa de la Purificación o Culiacán.

Las fuerzas de Cristóbal de Oñate toman Nochistlán, con lujo de violencia, y la llaman *Villa del Espíritu Santo*; después la denominan *Guadalajara*, en honor a la tierra natal de Nuño de Guzmán. Ahí celebran en abril de 1533 la semana santa. Nuño de Guzmán, por desprotegida, en abril de 1533 la traslada a Tlacoacán.

La sublevación de los caxcanes en 1535 es sofocada en sangre, con crueles escarmientos a los sobrevivientes esclavos. Son encomenderos: Diego de Proaño en Xalpan, Miguel Ibarra en Nochistlán, Hernán Flores en Xuchipila.

El 28 de septiembre de 1538, los indios tienden una emboscada a los españoles en Tlacotán. Se atrincheran en peñones desde Cuina hasta Ahuacatlán.

Le siguen varias sublevaciones locales, sobre todo en 1540. Son varios los motivos: crueldad de Nuño de Guzmán, escasa defensa de puestos españoles, reacción contra la invasión, rebrote de idolatría, influencia de brujos y chamanes.

El capitán Francisco Vázquez de Coronado, y el gobernador Cristóbal de Oñate, se ven en apuros. En 1541 es la rebelión de Tlaxicoringa, Tlaxicotzingo o Guainamota. Los aborígenes devoran al encomendero Juan de Arce.

Los sacerdotes y hechiceros profetizan convocando a guerra. Se propaga por las serranías de Tlaltenango, Xuchipila, Nochistlán, Teocaltiche, Tequila, Xochiltepec, Aqualulco, Ameca, etc.

Dirigen el movimiento dos neófitos: el cacique Francisco de Tenamxtli y Diego Tzacateco, y un Martín Sánchez de Cocula. Logran vencer al encomendero Miguel Ibarra.

Los aborígenes abandonan sus pueblos para unirse a la lucha contra los invasores. A su paso, saquean y queman las iglesias, llevando como trofeos restos de imágenes, ornamentos, hábitos; se sangran la cabeza renegando de su Bautismo. Le rompen los dientes a Fray Juan Calero para que no predique, en 1540. En 1541 asesinan al guardián Fray Antonio de Cuéllar.

Su estrategia es acorralar a los españoles hacia Guadalajara, impidiendo su comunicación hacia Compostela.

Esto obliga a Cristóbal de Oñate a pedir ayuda a Pedro de Alvarado y al virrey Antonio de Mendoza, los cuales traen nutridos contingentes de indios aliados de Tlaxcala, Metxico y Michoacán.

En Pascua de 1541, la sublevación se halla concentrada en el Peñón de Apozol, en la sierra del Gato o Mixtón. Sería el centro de lucha de varios meses.

El virrey Antonio de Mendoza, desde Guadalajara (Tlacotán), envía al capitán Miguel de Ibarra a requerirles la paz, con 14 españoles de arcabuz y ballesta, y muchos indios tarascos y tlajomulcas. Hay ataques hasta el anochecer. Al día siguiente, al calmar la gritería, el escribano Juan de León lee el Requerimiento, explicando su presencia con fines catequéticos y ofreciendo indulgencia si se rinden. Optan por retirarse, pues reaccionan con burlas y pedrizcos.

Los rebeldes bajan a Xuchipila, matan el ganado, queman el convento, hacen burlas de la Cruz, y se fortifican en lo más alto: el cerro del Mixtón.

Cristóbal de Oñate manda a Juan de Villarreal al encuentro de Pedro de Alvarado, que llega por Barra de Navidad. En Tzapotlán le da las cartas solicitando ayuda.

En junio de 1541 entra el orgulloso Alvarado «Tonatihú» en Guadalajara con 100 soldados. Se burla de sus paisanos españoles porque unos cuantos encuerados sin armas les hacen temblar. Sin esperar al virrey, parte rumbo al Mixtón.

Encuentra el Peñol de Nochistlán cercado con 7 albarradas. Salen a defenderla más de 10,000 indios, con sus mujeres, resistiéndolos fieramente con flechas, dardos y piedras, hasta causarles 20 bajas y hacerlos retirar.

En la acometida, les matan otros 10 españoles. La lucha sale a campo abierto, ganando los indios: son mayor número, conocen el terreno, hay atascaderos por las lluvias, resbalando hombres y caballos. Deben retirarse, y los rebeldes los siguen más de tres leguas.

En la retaguardia, a pie, Pedro de Alvarado pelea con su espada, entre los peones. En la resbaladiza cuesta arriba, Baltazar de Montoya espuelea su caballo, cerca de Yahualica, y el caballo arrastra a su paso a Pedro de Alvarado hasta un arroyo, dejándole el pecho abierto rasgado por el golpe.

Aunque le hacen volver en sí dándole agua, la sangre mana a borbotones por la boca. En Atenguillo le preguntan dónde le duele y dice tocándose la boca: «Aquí y el alma». Muere en Guadalajara (Tlacotán) el 24 de junio de 1541.

El virrey manda al capitán Juan de Muncibay con 50 de a caballo, y se alista para combatir personalmente, acompañado de 500 hombres. Con Cristóbal de Oñate llega al Peñol.

La lucha es encarnizada. Por la diferencia de armas, los indios no salen a campo abierto. Estos ganan terreno. Pero les desfavorecen la falta de agua y la traición.

Citlácotl, Francisco Aguilar, cacique del Teúl, con sus más de 2,000 indios, deserta, abandona su puesto clave de defensa, y con los sitiadores ataca su propio campo.

Los sitiados deben replegarse al Pico del Gato, lo más alto de la sierra, con un saldo de más de 6,000 muertos. Escuadrones enteros prefieren despenarse por los relices del cerro. Es el 8 de diciembre de 1541. Sólo toman 1,000 prisioneros.

Un grupo de sobrevivientes, refugiados en la Sierra Madre, ocupan posiciones en las cercanías. Sin darles tiempo a reorganizarse, el virrey Mendoza llega al lugar, una meseta inaccesible con sólo dos entradas. Trae al P. Fr. Antonio de Segovia, con crucifijo en mano y la imagen de la Purísima al pecho, solicitando las voluntades de los naturales.

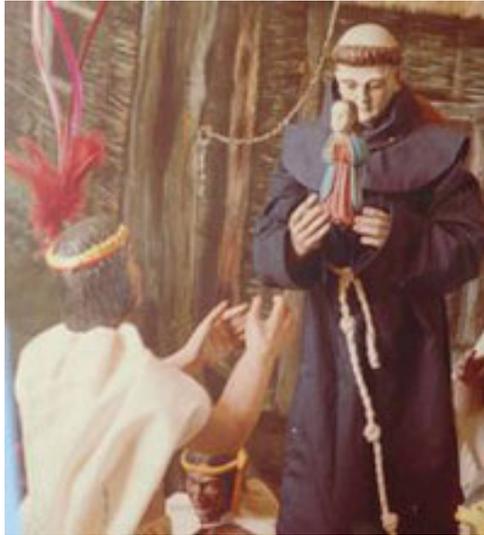
Negociador inteligente, el franciscano logra que el virrey ofrezca amnistía. Es la octava de la fiesta de la Inmaculada. Cuando les propone la paz, los indios ven bajar al apóstol Santiago y a San Miguel arcángel, y un resplandor rodeando la Virgen que trae el fraile.

Numeroso contingente baja con él a reconstruir sus pueblos, con la promesa de respetar su autonomía de parte de la Corona. El resto es fácil de vencer.

Reparten las tierras en encomiendas. El 14 de febrero de 1542, pasa Guadalajara al Valle de Atemajac. Para asegurar la paz, hacen traspaso de lugar a los indios: los de Xuchipila son llevados a Tonalá, los del Teúl a Zoquipan y Amatitlanejo, los de Tlaltenango a Ahuisculco, los de Apozol a Atlxco, y los de Cuxpala a Mazatepec.

Fray Miguel de Bolonia en 1542 recorre estas barrancas y lomeríos reuniendo en pueblos a los indios derrotados en la guerra del Mixtón, agazapados, ariscos y remontados.

Descalzo, orando y haciendo penitencia, trae en la manga de su hábito una imagencita de la Purísima Concepción, hecha de pulpa de caña de maíz en Pátzcuaro, devuelve confianza a los naturales.



La deja en el Hospital construido junto a la ermita de la doctrina de San Juan Bautista de Mezquitlán, donde la carcome el tiempo, hasta arriconarla en la sacristía.

En 1623, una familia de cirqueros da un espectáculo de acrobacia en la plaza de ese pueblo de indios, y una niña cae del trapecio, ensartándose en las filudas dagas cuyas puntas salían del suelo, lo cual le ocasiona la muerte.

Mientras avisan al sacerdote en San Salvador de Xalostotlán, la india María Lucía, esposa de Pedro Andrés, el sacristán, corre a la sacristía, saca la arrumbada imagen, y la coloca sobre el pecho de la niña muerta, en una larga oración de horas; y la niña revive.

Ese milagro, el primero de una serie que Dios obraría a través de dicha imagen, atrae peregrinos de toda la república, que han ido adornando ricamente la imagen original. Es Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

Clausura del Concilio Vaticano II

El mundo actual parece ir despreocupadamente a la deriva. La Iglesia, por el contrario, sabe perfectamente hacia dónde va. Desde el Concilio Vaticano II ha descubierto el rumbo que debe tomar para llegar a la meta que Dios le señala. Es el gran acontecimiento eclesial del siglo XX, sólo comparable al Concilio de Trento en el siglo XVI, que afectó todos los sectores de su vida. Nada queda igual después. Con esa gracia Dios benefició a la Iglesia. Es brújula segura para el caminar de la Iglesia, punto de referencia para la evangelización del tercer milenio (*TMA 18, NMI 57,2-3*).

Es preciso que sus textos no pierdan su valor ni su esplendor; que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de cincuenta años, urge una segunda recepción por parte de las generaciones del postconcilio. Para medir el grado de aceptación, contextualizarlo en

nuestro tiempo, y hacer una lectura pastoral de su totalidad.

No sólo sus 16 documentos (*4 Constituciones, 9 decretos, y 3 declaraciones*), sino su espíritu, sus opciones y su dinamismo para construir un futuro.

El 25 de enero de 1959, desde San Pablo extramuros, el papa Juan XXIII lo anunció. El 11 de octubre de 1962 se celebró la solemne Inauguración en la Basílica de San Pedro. La **primera etapa** de sesiones se realizó del 11 de octubre al 8 de diciembre del mismo año.

El 3 de junio de 1963 murió el papa Juan XXIII. El 21 de junio es electo Pablo VI. Decide continuar el Concilio, anunciando el 27 de junio la segunda etapa para el 29 de septiembre.

La **segunda etapa** de sesiones se realizó del 29 de septiembre al 4 de diciembre de 1963. Del 4 al 6 de enero de 1964 Pablo VI visitó Tierra Santa, y dio un abrazo de fraternidad al Patriarca Atenágoras.

El 2 de julio reformó el *Reglamento conciliar* para facilitar los debates. Y el 1 de octubre escribe al Card. Tissarant sobre la tercera sesión. La **tercera etapa de sesiones** se realizó del 14 de septiembre al 21 de noviembre de 1964.

La **última etapa** de sesiones se llevó a efecto del 14 de septiembre al 8 de diciembre de 1965. El 15 de septiembre se instituyó el Sínodo de los Obispos por la Constitución apostólica «*Apostolica sollicitudo*». El papa visitó la ONU del 4 al 5 de noviembre.

En la Plaza de San Pedro, al aire libre, el 8 de diciembre de 1965 se realizó la solemne Clausura. Por la tarde se trasladó el Papa a depositar la ofrenda floral a la columna de la Inmaculada en la Plaza España.

Hemos vivido cambios extraordinariamente rápidos, hasta ser un cambio de época. Este período ha estado lleno de conflictos, tanto sociales como eclesiales. Se han publicado un sin número de documentos pontificios, de Congregaciones romanas, de sínodos, y Conferencias episcopales. Todo ésto no nos ha dejado tiempo para asimilar con calma, releer y madurar el mensaje del Concilio, el mayor acontecimiento eclesial del siglo XX.

¿Qué significa el Concilio para nosotros?

1º Un llamado a dar un rostro nuevo a la Iglesia.

Una Iglesia rejuvenecida, llena de ilusión y esperanza, no anclada en el pasado sino avocada al futuro.

Una Iglesia comunión, que une las varias generaciones y tendencias, en colaboración pastoral. No hay izquierda ni derecha, avanzada ni retaguardia, primer o tercer mundo, sólo una comunidad de hermanos que avanza hacia Cristo.

Una Iglesia responsable de llevar los valores del Evangelio a la marcha del mundo, promoviendo la justicia, anunciando la verdad, restableciendo la paz, hermanando solidariamente a pobres y ricos.

Una utopía que nos mantiene en constante tensión interna, sacudiendo nuestras seguridades, para vencer los obstáculos y avanzar en el proyecto del Reino.

2º Un impulso a la renovación pastoral.

Juan XXIII convocó un Concilio, no para condenar, sino para presentar al mundo un nuevo rostro de Iglesia.

Pretendía la propia conversión, no la ajena. La Iglesia asume el camino del hombre. No agrega nuevas actividades; adapta su lenguaje y organización a las nuevas situaciones de un mundo en constante cambio.

Su discernimiento desencadenó una gran actividad con un nuevo espíritu. Situó al conjunto de Iglesia diocesana en su misión evangelizadora, responsable y consciente, en comunión y participación.

La pobreza, las sectas, el consumismo, el vacío de sentido llenado con drogas y diversión, piden formas nuevas de presencia de la Iglesia.

Fue un concilio revolucionario: cambió la visión: de una institución estática y perfeccionista, al pueblo de Dios que peregrina en el mundo.

3º Promueve una Iglesia comunión.

Como pueblo de Dios, todos los cristianos participamos de modo único e irremplazable en la misión que la Iglesia recibió de Cristo, clero y laicos. El laico es testigo de Cristo y signo en el mundo.

La Iglesia se constituye en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Es una comunidad de comunidades: diócesis, parroquias, comunidades de base, familias.

Quien aspira al cielo debe luchar para que la tierra prepare eficazmente el otro mundo. Al des-

cuidar sus deberes temporales, el cristiano pone en peligro su salvación eterna.

El cielo y la tierra, lo religioso y lo social, la fe y la política, la virtud y la economía, se distinguen, pero no se separan. La Iglesia está presente y activa en medio de las realidades del mundo gracias a los laicos.

La Iglesia evangeliza el mundo actual, encarnada en el corazón de la modernidad. Independiente de los poderes temporales, atiende a los últimos: Iglesia de los pobres.

4º. Superar el cansancio y la tentación de volver atrás.

La ilusión del Concilio chocó con la dura realidad y la oposición. Varios conflictos hicieron decaer el interés. Avanzamos a ritmo más lento, aunque seguro. Con menos recursos, enfrentamos actitudes de indiferencia, paganismo y cerrazón al Evangelio de parte de los mismos cristianos.

No pocos añoran el esquema rígido e intocable de antes, que daba seguridad. Ciertas consecuencias no deseadas han creado cierto recelo, ocasionando un nuevo clericalismo e insensibilidad ante la realidad de hoy.

Algunos quieren limitar el Concilio a un momento del pasado, y hacer volver a la Iglesia a la seguridad del Derecho y el Dogma, encerrándola en sí misma: una versión restaurada de la eclesiología antigua. Los cambios vitales de la sociedad no son instantáneos, sino un proceso con dinámica propia.

El Concilio fue un paso del Espíritu Santo que ilumina el nuevo milenio y ofrece los criterios para formar las nuevas generaciones de sacerdotes y agentes de pastoral. Como rica mina, entre más se le extrae, más se le encuentra.

La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María

El 8 de diciembre de 1854 el Papa Pío IX, mediante la Bula «Munificentissimus Deus», declaró como verdad que forma parte del patrimonio de fe de la Iglesia el hecho de que la santísima Virgen María, desde su concepción, el primer instante de su existencia, por un privilegio especial y en previsión de los méritos de Cristo, fue llena de gracia y limpia de pecado original originado.

Se redescubre en su profundidad la expresión «Llena de gracia», reveladora de la condición de María frente a la Trinidad desde el inicio de su existencia, como ha sido querida desde la eternidad en el proyecto de Dios: «Tú que eres y has sido siempre llena de la gracia de Dios». A la luz de esta palabra clave, se ve toda la realidad de María como colaboradora de Cristo en la redención. No podía estar ni siquiera por un instante fuera de la gracia de Dios aquella que es llamada a colaborar como Madre del Redentor en su victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

Pero además de este aspecto negativo –la ausencia del pecado original– María es presentada desde el primer instante de su existencia como la Hija predilecta del Padre, la Madre del Hijo Redentor, el tabernáculo del Espíritu Santo, Toda Santa, plasmada y hecha criatura nueva por el Espíritu Santo, sumamente amada por Dios.

Es la plenitud de la comprensión del dogma, como viene en LG 56 y en prefacio de la Inmaculada Concepción, que le canta como Madre del Cordero sin mancha, e inicio y figura de la Iglesia, Esposa sin arruga y sin mancha. De esta manera aparece con claridad que María es una excepción del pecado original y en Ella permanece intacto el proyecto original de Dios y la futura suerte de la Iglesia, llamada a ser por siempre «santa e inmaculada en el amor». Como afirmaba Max Thurian, Inmaculada Concepción quiere decir que en María todo es gracia desde el inicio y Ella es testigo de que todo viene de Dios, y María corresponde con absoluta libertad de amor, no manchada por el pecado.

Los primeros indicios de la fiesta los hallamos en los siglos VII y VIII en Oriente, con la fiesta de «la concepción de santa Ana» el 9 de diciembre, 9 meses antes del «nacimiento de María» (8 de septiembre). Según el Evangelio apócrifo de Santiago, Ana, a pesar de su ancianidad y esterilidad, había concebido a María. De ahí pasó al norte de Italia ocupado por bizantinos, y de ahí a Inglaterra y a Francia, el 8 de diciembre.

Pero pronto se puso el acento en la concepción inmaculada de María, es decir, el inicio de una vida sin pecado original. Esto originó muchas dificultades teológicas para aceptar esta verdad. San Bernardo de Claraval se pronunció contra tal fiesta, pues todos los hombres, incluyendo a María, debían

ser liberados del pecado original por los méritos de Cristo, aunque sea en el vientre de su madre, como el Bautista.

Hacia el año 1300, principalmente por obra de Duns Escoto, se habló de la redención preservante en el caso de la concepción inmaculada de María. Roma aceptó esta fiesta hasta 1476, por obra de Sixto IV. Clemente IX la extendió a toda la Iglesia en 1708. Y Pío IX declaró el dogma en esta fiesta.

En América fue muy popular la devoción a la Inmaculada. Colón puso el nombre de Concepción a una isla, a un puerto natural y a una ciudad. A un mar le puso el nombre de Nuestra Señora. Hizo promesa de visitar como peregrino los santuarios de Guadalupe y Cinto en España, y Loreto en Italia. Santa Teresa de Ávila regaló una imagen de la Purísima Concepción, herencia de su madre, a un pariente que emigraba al nuevo mundo. Se venera en Nicaragua, en el santuario viejo.

Los cronistas nos hablan de visiones y apariciones marianas en la conquista. Los conventos eran centros integrales, que incluían el templo, la casa del misionero, la escuela de catequesis y artes, y el hospital para enfermos, viajeros y peregrinos, con su capilla dedicada siempre a la Purísima Concepción.

En 1523 y 1524, la llegada de los franciscanos a México originó un estilo mariano muy fuerte: imágenes marianas, patrona en sus misiones, doctrinas y parroquias, cofradías, fiestas, ermitas, peregrinaciones, devociones (rosario, salve, tres ave marías, jaculatorias, canciones). Retiraron imágenes con posibles reminiscencias idolátricas, las que tenían una gran serpiente (Quetzalcóatl), o cruces con signos de culto pagano.

Los Hospitales de la Limpia Concepción proliferaron. El iniciador pudo ser el obispo de Michoacán Vasco de Quiroga, o el guardián del convento de Uruapan Fray Juan de San Miguel. Hacia 1543, el sarampión cobró más de 800,000 víctimas. Los franciscanos fundaron hospitales para atenderlos. El 29 de junio de 1555 el Primer Concilio Provincial Mexicano acordó establecer centros asistenciales en las Provincias de Xalisco y Michoacán.

El saludo era «Ave María purísima», «Sin pecado concebida». Reconocían que desde el primer

instante de su vida, la santísima Virgen María, por una gracia derivada anticipadamente de la Muerte de su Hijo, fue preservada de todo pecado, por su misión de Madre de Dios. El Sr. obispo Pedro Gómez de Maraver fundó en Zacatecas en 1551 la Cofradía de la Inmaculada Concepción.

En occidente sobresalen algunas imágenes: de San Juan de los Lagos (donada por Fray Miguel de Bolonia), de Zapopan (llevada por Fray Antonio de Segovia), de Talpa (llevada por el P. Sanmartín), etc. Otras imágenes coloniales de la Limpia Concepción: templo del Sagrado Corazón en Jalostotitlán; Tepatitlán.

Así pues, cuando era tan discutido este misterio de María, los misioneros reunían a los indios tras la guerra del Mixtón con imagencitas de la Purísima Concepción de María elaboradas en Patzcuaro con pasta de caña de maíz.

Entre ellas está la que donó Fray Miguel de Bolonia a San Juan Bautista de Mezquititlán en 1542. Es una pequeña imagen barroca de la Inmaculada Concepción, de confección indígena, guardada en un estuche de plata en forma de vaso, y colocada elevada sobre un pedestal metálico para darle mayor altura, revestida ricamente al estilo español, dejando ver en su conjunto rasgos de una niña oriental muy hermosa. Es conocida como Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

Por la resurrección de una cirquerita en 1623, que cayó sobre unas dagas y fue reanimada cuando la india Ana Lucía le colocó la imagen sobre el pecho, fue adquiriendo fama y atrayendo devotos. En 1630 unas dos mil personas llegaron hacia el 8 de diciembre. En 1634 el P. Juan Contreras Fuerte hizo las primeras investigaciones.

Su fiesta litúrgica es el 8 de diciembre, la más antigua y tradicional de San Juan, oficial desde 1666, por decisión del Sr. Obispo Francisco Verdín de Molina. En 1693, el capellán Br. Nicolás de Arévalo dice que pasan de tres mil los peregrinos, llegados de Guanajuato, México, Puebla, San Luis, Zacatecas, Guadalajara. Se saca en procesión la Imagen encendiendo 150 luces en el altar.

Eran vista las imágenes de la Purísima, y su devoción correspondiente, el ideal de pureza y santidad siempre soñado. El rey Carlos III declaró a la Purísima Concepción como patrona de España

y sus dominios. Hacían procesiones, coronaban las imágenes con guirnaldas de flores, acompañaban con cirios, chirimías y tambores.

El papa Pablo V prohibió en 1616 que se defendiera en público la opinión contraria a la Inmaculada Concepción. En 1658, el rey Felipe IV de España pidió al papa Gregorio XV que declarara con decreto papal cuál era el motivo de la Inmaculada Concepción. En 1655, en catedral de Guadalajara y en San Juan de los Lagos, por orden del señor obispo Juan Ruiz Colmenero, se hizo el juramento de defender el dogma de la Inmaculada Concepción.

El papa Alejandro VII firmó el Breve «Sollicitudo omnium Ecclesiarum» el 8 de diciembre de 1661, precisando el contenido de esta verdad. El 6 de diciembre de 1708, el papa Clemente XI declaró la fiesta de la Inmaculada como de precepto para toda la Iglesia universal.

En 1736 eran ya 10,000 los fieles que acudían a la fiesta. Manuel Payno, en su novela «Los bandidos de Río Frío», cuenta de «los tres San Juan: el de piedra, el de madera y el de tela», por los albergues y campamentos que se colocaban en torno al pueblo.

Para esa fiesta el rey Carlos IV concedió el privilegio de una feria anual sin impuestos. En efecto, en 1792 acudieron más de 35,000 personas, por lo que los comerciantes solicitaron el privilegio de una feria anual «libre de todo derecho, alcabala, arbitrio y peaje». Se otorgó mediante cédula real suscrita desde San Lorenzo del Escorial el 20 de noviembre de 1797. Concedía 15 días de feria, y tres para desalojar.

Tan importante era la fiesta, acudiendo tanta gente atraída por la devoción y los milagros de la portentosa Imagen, que existe una fuerte tradición oral no confirmada por documentos históricos que en ella se había planeado iniciar la lucha por la independencia, si no se hubiera descubierto la conspiración.

De 1810 a 1821, durante la sangrienta lucha de independencia, debido a la inseguridad e inestabilidad, se suspendió la feria. Morelos traía un distintivo mariano en el sombrero, y lo dejó en su bandera: VVM (Viva la Virgen María).

Una vez consumada la independencia, en 1823 se erigió el Estado de Jalisco, y ese mismo año

expidió una ley ratificando la feria. Entre 1845 y 1850 acudían un promedio de 100,000 personas. Antonio López de Santa Anna declaró fiesta nacional el 8 de diciembre, y concedió la feria por decreto del 5 septiembre 1844 en Tacubaya, a cambio de una gran suma de dinero, cancelando la feria que había concedido al Paso de San Juan de Veracruz en diciembre. Con la invasión norteamericana, además de la venta de productos de toda la nación, había contrabando de productos legales franceses, chinos, ingleses, alemanes, etc.

Por los levantamientos armados después de la Constitución de 1857, el gobierno de Jalisco determinó la suspensión de la feria. El 3 de octubre de 1860 se expidió el decreto de normalización de la feria. Fue decayendo por los caminos malos, abundancia de bandolerismo y violencia, aumento de impuestos, y luchas por el contrabando. En 1867, el Obispo de León Jesús Díaz de Sollano trasladó la peregrinación de sus diocesanos para el 2 de febrero, a la cual se le fueron uniendo los vecinos del centro y sureste. En 1880 acudieron sólo 50,000 personas. Como a Porfirio Díaz no le interesó modernizar los caminos del occidente, casi desapareció la feria.

A partir de 1897, las autoridades locales comenzaron a impulsarla, logrando nuevamente más de 150,000 peregrinos en 1907. Pero las luchas de la Revolución Mexicana, y luego la guerra de guerrillas conocida como Cristiada, la hicieron nuevamente decaer. Se ha recuperado, sostenida por los peregrinos de Zacatecas y Torreón.

Victoriano Acuña, discípulo de Mariano Perusquía, esculpió las Purísimas de: catedral de Guadalajara, Capuchinas, El Sagrario, El Carmen, la Soledad. A fines del siglo, Brígido Ibarra, de la escuela del P. José María Plascencia, perfeccionado en Barcelona, esculpió Purísimas para todo el continente.

El 13 de mayo de 1846, los 22 obispos del Sínodo de Baltimore en Norteamérica, declararon a la Inmaculada Concepción patrona de los Estados Unidos. Su santuario cuajaría hasta 1952-1959.

Cada año, el Papa acude por la tarde del 8 de diciembre a la Plaza España para colocar una ofrenda floral ante la alta columna que ha levantado la Ciudad de Roma a la Inmaculada Concepción.

5. LA INMACULADA CONCEPCIÓN EN EL MAGISTERIO DEL BEATO JUAN PABLO II

*Encíclica «Redemptoris Mater»
(25 marzo 1987):*

«La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación, porque ‘al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibieran la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!’ (Ga 4, 4-6)... Esta ‘plenitud de los tiempos’ delimita el momento, fijado desde toda la eternidad, en el cual el Padre envió a su Hijo ‘para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna’ (Jn 3, 16). Esta plenitud señala el momento feliz en el que ‘la Palabra que estaba con Dios... se hizo carne, y puso su morada entre nosotros’ (Jn 1, 14), haciéndose nuestro hermano. Esta misma plenitud señala el momento en que el Espíritu Santo, que ya había infundido la plenitud de gracia en María de Nazaret, plasmó en su seno virginal la naturaleza humana de Cristo. Esta plenitud define el instante en el que, por la entrada del eterno en el tiempo, el tiempo mismo es redimido y, llenándose del misterio de Cristo, se convierte definitivamente en ‘tiempo de salvación’. Designa, finalmente, el comienzo arcano del camino de la Iglesia. En la liturgia, en efecto, la Iglesia saluda a María de Nazaret como a su exordio (Prefacio del 8 de diciembre; S. Ambrosio, Sobre la institución de Vírgenes, V, 93-94; LG 68.), ya que en la Concepción inmaculada ve la proyección, anticipada en su miembro más noble, de la gracia salvadora de la Pascua y, sobre todo, porque en el hecho de la Encarnación encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María: al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer ‘hágase’ (*fiat*) de



la Nueva Alianza, prefigura su condición de esposa y madre» (RM 1).

Y explica en una nota (3): «La expresión ‘plenitud de los tiempos’ (pléroma tou jónou) es paralela a locuciones afines del judaísmo tanto bíblico (cf. Gn 29, 21, 1 S 7, 12; Tb 14, 5) como extrabíblico, y sobre todo del N.T. (cf. Mc 1, 15, Lc 21, 24; Jn 7, 8; Ef 1, 10). Desde el punto de vista formal, esta expresión indica no sólo la conclusión de un proceso cronológico, sino sobre todo la madurez o el cumplimiento de un período particularmente importante, porque está orientado hacia la actuación de una espera, que adquiere, por tanto, una dimensión escatológica. Según Ga 4, 4 y su contexto, es el acontecimiento del Hijo de Dios quien revela que el

tiempo ha colmado, por así decir, la medida; o sea, el período indicado por la promesa hecha a Abraham, así como por la ley interpuesta por Moisés, ha alcanzado su culmen, en el sentido de que Cristo cumple la promesa divina y supera la antigua ley».

«... Aunque no sea posible establecer un preciso *punto cronológico* para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que *María apareció antes de Cristo* en el horizonte de la *historia de la salvación*. Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente ‘la plenitud de los tiempos’, o sea el acontecimiento salvífico del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la tierra... Igual que la estrella de la mañana, junto con la ‘aurora’ precede la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del ‘sol de justicia’ en la historia del género humano (Pío IX, Ineffabilis Deus). Su presencia en medio de Israel —tan discreta que pasó casi inobservada a los ojos de sus contemporáneos— resplandecía claramente ante el

Eterno, el cual había asociado a esta escondida ‘hija de Sión’ (cf. *So* 3, 14; *Za* 2, 14) al plan salvífico que abarcaba toda la historia de la humanidad» (RM 3).

Llena de gracia

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo’ (*Ef* 1, 3). Estas palabras de la *Carta a los Efesios* revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26). Todos, así como están incluidos ‘al comienzo’ en la obra creadora de Dios, también están incluidos eternamente en el plan divino de la salvación, que se debe revelar completamente, en la ‘plenitud de los tiempos’, con la venida de Cristo. En efecto, Dios, que es ‘Padre de nuestro Señor Jesucristo’, ‘nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor’; eligiéndonos de antemano para ser sus ‘hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia’ (*Ef* 1, 4-7).

«El plan divino de la salvación, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Cristo, es eterno. Está también eternamente unido a Cristo. Abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la ‘mujer’ que es la Madre de aquel, al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación (cf. S. Juan Damasceno, Homilía en la Navidad, 7; 10; Homilía en la Dormición I, 3). Como escribe el Concilio Vaticano II, ‘ella misma es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado’, según el libro del Génesis (cf. 3, 15). ‘Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel’, según las palabras de Isaías (cf. 7, 14; LG 55). De este modo el Antiguo Testamento prepara aquella ‘plenitud de los tiempos’, en que Dios ‘envió a su Hijo, nacido de mujer,... para que recibiéramos la filiación adoptiva’. La venida del Hijo de Dios al mundo es el acontecimiento narrado en los primeros capítulos de los Evangelios según Lucas y Mateo» (RM 7).

«... El mensajero divino dice a la Virgen: ‘Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’ (*Lc* 1, 28). María ‘se conturbó por estas palabras y discurría qué significaría aquel saludo’ (*Lc* 1, 29). Qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión ‘llena de gracia’ (*Kejaritoméne*)... Si, después del anuncio del mensajero celestial, la Virgen de Nazaret es llamada también ‘bendita entre las mujeres’ (cf. *Lc* 1, 42), esto se explica por aquella bendición de la que ‘Dios Padre’ nos ha colmado ‘en los cielos, en Cristo’. Es una *bendición espiritual*, que se refiere a todos los hombres, y lleva consigo la plenitud y la universalidad (‘toda bendición’), que brota del amor que, en el Espíritu Santo, une al Padre con el Hijo consubstancial. Al mismo tiempo, es una bendición derramada por obra de Jesucristo en la historia del hombre desde el comienzo hasta el final: a todos los hombres. Sin embargo, esta bendición se refiere a María de modo especial y excepcional; en efecto, fue saludada por Isabel como ‘bendita entre las mujeres’. La razón de este doble saludo es, pues, que en el alma de esta ‘hija de Sión’ se ha manifestado, en cierto sentido, toda la ‘gloria de su gracia’, aquella con la que el Padre ‘nos agració en el Amado’. El mensajero saluda, en efecto, a María como ‘llena de gracia’; la llama así, como si éste fuera su verdadero nombre. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil: ‘Miryam’ (María), sino con este nombre nuevo: ‘llena de gracia’. ¿Qué significa este nombre? ¿Por qué el arcángel llama así a la Virgen de Nazaret?

«En el lenguaje de la Biblia ‘gracia’ significa un don especial que, según el Nuevo Testamento, tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo, de Dios que es amor (cf. *I Jn* 4, 8). Fruto de este amor es la *elección*, de la que habla la *Carta a los Efesios*. Por parte de Dios esta elección es la eterna voluntad de salvar al hombre a través de la participación de su misma vida en Cristo (cf. *2 P* 1, 4): es la salvación en la participación de la vida sobrenatural. El efecto de este don eterno, de esta gracia de la elección del hombre, es como un *germen de santidad*, o como una fuente que brota en el alma como don de Dios mismo, que mediante la gracia vivifica y santifica a los elegidos. De este modo tiene lugar, es decir, se hace realidad aquella bendición del hombre ‘con toda clase de bendiciones

espirituales’, aquel ‘ser sus hijos adoptivos ... en Cristo’ o sea en aquel que es eternamente el ‘Amado’ del Padre.

«Cuando leemos que el mensajero dice a María ‘llena de gracia’, el contexto evangélico, en el que confluyen revelaciones y promesas antiguas, nos da a entender que se trata de una bendición singular entre todas las ‘bendiciones espirituales en Cristo’. En el misterio de Cristo María está *presente* ya ‘antes de la creación del mundo’ como aquella que el Padre ‘ha elegido’ *como Madre* de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional, e igualmente *es amada en este ‘Amado’ eternamente*, en este Hijo consubstancial al Padre, en el que se concentra toda ‘la gloria de la gracia’. A la vez, ella está y sigue abierta perfectamente a este ‘don de lo alto’ (cf. *St* 1, 17). Como enseña el Concilio, María ‘sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de El esperan con confianza la salvación’ (LG 55)» (RM 8).

Dice la nota 22: «Sobre esta expresión (*Kejaritoméne*) hay en la tradición patristica una interpretación amplia y variada: cf. Orígenes, Homilía sobre san Lucas, VI, 7; Severiano de Gabala, Discurso VI sobre la creación del mundo, 10; Ps. S. Juan Crisóstomo, En la Anunciación a la Madre de Dios y contra el impío Arrio; Basilio de Seleucia, Discurso 39 en la Anunciación a la Santísima Madre de Dios, 5; Antípatro de Ostra, Hom. II sobre la Anunciación a la Santísima Madre de Dios, 3-11; S. Sofronio de Jerusalén, Discurso II sobre la Anunciación a la Santísima Madre de Dios, 17-19; S. Juan Damasceno, Homilía en la Dormición, I, 7; S. Jerónimo, Epístola 65, 9; S. Ambrosio, Exposición sobre el Evangelio de san Lucas, II, 9; S. Agustín, Sermón 291, 4-6; S. Pedro Crisólogo, Sermón 142: PL 52, 579 s.; Sermón 143: PL 52, 583; S. Fulgencio de Ruspe, Epístola 17, VI, 12: PL 65, 458; S. Bernardo, Alabanzas a la Virgen Madre, Homilía III, 2-3.

«Si el saludo y el nombre ‘llena de gracia’ significan todo esto, en el contexto del anuncio del ángel se refieren ante todo *a la elección de María como Madre del Hijo de Dios*. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta

elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo.

«El mensajero divino le dice: ‘No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo’ (*Lc* 1, 30-32). Y cuando la Virgen, turbada por aquel saludo extraordinario, pregunta: ‘¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?’, recibe del ángel la confirmación y la explicación de las palabras precedentes. Gabriel le dice: ‘*El Espíritu Santo vendrá sobre ti* y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios’ (*Lc* 1, 35).

«Por consiguiente, la Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la tierra. El donarse salvífico que Dios hace de sí mismo y de su vida en cierto modo a toda la creación, y directamente al hombre, alcanza *en el misterio de la Encarnación uno de sus vértices*. En efecto, este es un vértice entre todas las donaciones de gracia en la historia del hombre y del cosmos. María es ‘llena de gracia’, porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella. Como afirma el Concilio, María es ‘Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas’ (LG 53)» (RM 9).

«La *Carta a los Efesios*, al hablar de la ‘historia de la gracia’ que ‘Dios Padre ... nos agració en el Amado’, añade: ‘En él tenemos por medio de su sangre la redención’ (*Ef* 1, 7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta ‘gloria de la gracia’ se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida ‘de un modo eminente’ (*Ineffabilis Deus*; LG 53). En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido *preservada de la herencia del pecado original* (Cf. S. Germán de Constantinopla,

Homilía sobre la Anunciación a la Santísima Madre de Dios; S. Andrés de Creta, Canon sobre el Nacimiento de la Virgen María, 4; Homilía en la Dormición de Santa María 1). De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir de su existencia, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el ‘Amado’, el Hijo del eterno Padre, que mediante la Encarnación se ha convertido en su propio Hijo. Por eso, por obra del Espíritu Santo, en el orden de la gracia, o sea de la participación en la naturaleza divina, *María recibe la vida de aquel al que ella misma dio la vida* como madre, en el orden de la generación terrena. La liturgia no duda en llamarla ‘madre de su Progenitor’ (Himno de Vísperas del 15 de Agosto; S. Pedro Damiano, Poemas y oraciones, XLVII) y en saludarla con las palabras que Dante Alighieri pone en boca de San Bernardo: ‘hija de tu Hijo’ (Divina Comedia, Paraíso XXXIII, 1; Himno II del Oficio de Lectura de Santa María en sábado). Y dado que esta ‘nueva vida’ María la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la Madre y, por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina, en la anunciación el ángel la llama ‘llena de gracia’» (RM 10).

«En el designio salvífico de la Santísima Trinidad el misterio de la Encarnación constituye *el cumplimiento* sobreabundante de la promesa hecha por Dios a los hombres, *después del pecado original*, después de aquel primer pecado cuyos efectos pesan sobre toda la historia del hombre en la tierra (cf. *Gn* 3, 15). Viene al mundo un Hijo, el ‘linaje de la mujer’ que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: ‘aplamará la cabeza de la serpiente’. Como resulta de las palabras del protoevangelio, la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana. ‘La enemistad’, anunciada al comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la ‘mujer’, esta vez ‘vestida del sol’ (*Ap* 12, 1).

«María, Madre del Verbo encarnado, está situada *en el centro mismo de aquella ‘enemistad’*, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. En este lugar ella, que pertenece a los ‘humildes y pobres del Señor’, lleva en sí, como ningún otro entre los seres humanos, aquella ‘gloria de la gracia’ que el Padre ‘nos agració en el Amado’, y esta *gracia determina*

la extraordinaria grandeza y belleza de todo su ser. María permanece así ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios, de la que habla la *Carta* paulina: ‘Nos ha elegido en él (Cristo) antes de la fundación del mundo, ... eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos’ (*Ef* 1, 4.5). Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella ‘enemistad’ con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia María sigue siendo una señal de esperanza segura» (RM 11).

«María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. En la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra la que ‘ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor’ (*Lc* 1, 45). Precisamente esta fe de María, que señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo, esta heroica *fe suya ‘precede’ el testimonio* apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, *en cierto sentido, participan de la fe de María*» (RM 27).

«María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva ‘autodonación’ de Dios. Por esto proclama: ‘ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo’. Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: ‘se alegra mi espíritu en Dios mi salvador’. Porque ‘la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre... resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación’ (DV 2). En su arrebatamiento María confiesa que se ha encontrado *en el centro mismo de esta plenitud* de Cristo. Es consciente de que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, ‘en favor de Abraham y su descendencia por siempre’; que en ella, como madre de Cristo, converge *toda la economía salvífica*, en la que, ‘de generación en generación’, se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda ‘de la misericordia’» (RM 36).

«... Si Él ha querido llamar eternamente al hombre a participar de la naturaleza divina (cf. 2 P 1, 4), se puede afirmar que ha predispuesto la ‘divinización’ del hombre según su condición histórica, de suerte que, después del pecado, está dispuesto a restablecer con gran precio el designio eterno de su amor mediante la ‘humanización’ del Hijo, consubstancial a Él. Todo lo creado y, más directamente, el hombre no puede menos de quedar asombrado ante este don, del que ha llegado a ser participe en el Espíritu Santo: ‘Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único’ (Jn 3, 16). *En el centro de este misterio*, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, Madre soberana del Redentor, que ha sido la primera en experimentar: ‘tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador’» (RM 51).

CATEQUESIS SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

María en el Protoevangelio (*Catequesis del 24 enero 1996*)

«Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la salvación en la que se va preparando, paso a paso, la venida de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y se interpretan a la luz de la plena revelación ulterior, iluminan poco a poco con más claridad la figura de la mujer, Madre del Redentor» (LG 55).

Con estas afirmaciones, el concilio nos recuerda cómo se fue delineando la figura de María desde los comienzos de la historia de la salvación. Ya se vislumbra en los textos del Antiguo Testamento, pero sólo se entiende plenamente cuando esos textos *se leen en la Iglesia* y se comprenden a la luz del Nuevo Testamento. En efecto, el Espíritu Santo, al inspirar a los diversos autores humanos, orientó la Revelación veterotestamentaria hacia Cristo, que se encarnaría en el seno de la Virgen María.

Entre las palabras bíblicas que preanunciaron a la Madre del Redentor, el Concilio cita, ante todo, aquellas con las que Dios, después de la caída de Adán y Eva, revela su plan de salvación. El Señor dice a la serpiente, figura del espíritu del mal: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar’ (Gn 3,15).

Esas expresiones, denominadas por la tradición cristiana, desde el siglo XVI, *Protoevangelio*, es decir, *primera buena nueva*, dejan entrever la voluntad salvífica de Dios ya desde los orígenes de la humanidad. En efecto, frente al pecado, según la narración del autor sagrado, la primera reacción del Señor no consistió en castigar a los culpables, sino en abrirles una perspectiva de salvación y comprometerlos activamente en la obra redentora, mostrando su gran generosidad también hacia quienes lo habían ofendido.

Las palabras del Protoevangelio revelan, además, el singular destino de la mujer que, a pesar de haber precedido al hombre al ceder ante la tentación de la serpiente, luego se convierte, en virtud del plan divino, en la primera aliada de Dios. Eva fue la aliada de la serpiente para arrastrar al hombre al pecado. Dios anuncia que, invirtiendo esta situación, él hará de la mujer la enemiga de la serpiente.

El original hebreo no atribuye directamente a la mujer la acción contra la serpiente, sino a su linaje. De todos modos, el texto da gran relieve al papel que ella desempeñará en la lucha contra el tentador: su linaje será el vencedor de la serpiente.

¿Quién es esta mujer? El texto bíblico no refiere su nombre personal, pero deja vislumbrar una mujer nueva, querida por Dios para reparar la caída de Eva: ella está llamada a restaurar el papel y la dignidad de la mujer, y a contribuir al cambio del destino de la humanidad, colaborando mediante su misión materna a la victoria divina sobre Satanás.

A la luz del Nuevo Testamento y de la tradición de la Iglesia sabemos que la mujer nueva anunciada por el Protoevangelio es María, y reconocemos en «su linaje» (Gn 3,15), su hijo, Jesús, triunfador en el misterio de la Pascua sobre el poder de Satanás.

Observemos, asimismo, que la enemistad puesta por Dios entre la serpiente y la mujer se realiza en María de dos maneras. Ella, aliada perfecta de Dios y enemiga del diablo, fue librada completamente del dominio de Satanás en su concepción inmaculada, cuando fue modelada en la gracia por el Espíritu Santo y preservada de toda mancha de pecado. Además, María, asociada a la obra salvífica de su Hijo, estuvo plenamente comprometida en la lucha contra el espíritu del mal.

Así, los títulos de Inmaculada Concepción y Cooperadora del Redentor, que la fe de la Iglesia ha atribuido a María para proclamar su belleza espiritual y su íntima participación en la obra admirable de la Redención, manifiestan la oposición irreductible entre la serpiente y la nueva Eva.

La luz de la nueva Eva, María, desde las páginas del Génesis se proyecta sobre toda la economía de la salvación, y un vínculo existe entre María y la Iglesia. Notemos con alegría que el término *mujer*, usado en forma genérica por el texto del Génesis, impulsa a asociar con la Virgen de Nazaret y su tarea en la obra de la salvación especialmente a las mujeres, llamadas, según el designio divino, a comprometerse en la lucha contra el espíritu del mal.

Las mujeres que, como Eva, podrían ceder ante la seducción de Satanás, por la solidaridad con María reciben una fuerza superior para combatir al enemigo, convirtiéndose en las primeras aliadas de Dios en el camino de la salvación.

Esta alianza misteriosa de Dios con la mujer se manifiesta en múltiples formas también en nuestros días: en la asiduidad de las mujeres a la oración personal y al culto litúrgico, en el servicio de la catequesis y en el testimonio de la caridad, en las numerosas vocaciones femeninas a la vida consagrada, en la educación religiosa en familia...

Todos estos signos constituyen una realización muy concreta del oráculo del Protoevangelio, que, sugiriendo una extensión universal de la palabra *mujer*, dentro y más allá de los confines visibles de la Iglesia, muestra que la vocación única de María es inseparable de la vocación de la humanidad y, en particular, de la de toda mujer, que se ilumina con la misión de María, proclamada primera aliada de Dios contra Satanás y el mal.

María, la «llena de gracia» (*Catequesis del 8 mayo 1996*)

1. En el relato de la Anunciación, la primera palabra del saludo del ángel «*Alégrate*» constituye una invitación a la alegría que remite a los oráculos del Antiguo Testamento dirigidos a la *hija de Sión*. Lo hemos puesto de relieve, explicando los motivos en que se funda esa invitación: la presencia de Dios en medio de su pueblo, la venida del rey mesiánico y la fecundidad materna. Estos motivos encuentran en María su pleno cumplimiento.

El ángel Gabriel, dirigiéndose a la Virgen de Nazaret, después del saludo «*alégrate*», la llama «*llena de gracia*». Esas palabras del texto griego: «*alégrate*» y «*llena de gracia*», tienen entre sí una profunda conexión: María es invitada a alegrarse sobre todo porque Dios la ama y la ha colmado de gracia con vistas a la maternidad divina.

La fe de la Iglesia y la experiencia de los santos enseñan que la gracia es la fuente de alegría y que la verdadera alegría viene de Dios. En María, como en los cristianos, el don divino es causa de un profundo gozo.

2. «*Llena de gracia*»: esta palabra dirigida a María se presenta como una calificación propia de la mujer destinada a convertirse en la madre de Jesús. Lo recuerda oportunamente la constitución *Lumen Gentium*, cuando afirma: «La Virgen de Nazaret es saludada por el ángel de la Anunciación, por encargo de Dios, como «llena de gracia»» (n. 56).

El hecho de que el mensajero celestial la llame así confiere al saludo angélico un valor más alto: es manifestación del misterioso plan salvífico de Dios con relación a María. «La plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo» (RM 9). *Llena de gracia* es el nombre que María tiene a los ojos de Dios. En efecto, el ángel, según la narración del evangelista san Lucas, lo usa incluso antes de pronunciar el nombre de *María*, poniendo así de relieve el aspecto principal que el Señor ve en la personalidad de la Virgen de Nazaret.

La expresión «llena de gracia» traduce la palabra griega «*kexaritomene*», la cual es un participio pasivo. Así pues, para expresar con más exactitud el matiz del término griego, no se debería decir simplemente *llena de gracia*, sino «*hecha* llena de gracia» o «*colmada* de gracia», lo cual indicaría claramente que se trata de un don hecho por Dios a la Virgen. El término, en la forma de participio perfecto, expresa la imagen de una gracia perfecta y duradera que implica plenitud. El mismo verbo, en el significado de «colmar de gracia», es usado en la carta a los Efesios para indicar la abundancia de gracia que nos concede el Padre en su Hijo amado (Ef 1,6). María la recibe como primicia de la Redención (RM 10).

3. En el caso de la Virgen, la acción de Dios resulta ciertamente sorprendente. María no posee

ningún título humano para recibir el anuncio de la venida del Mesías. Ella no es el sumo sacerdote, representante oficial de la religión judía, y ni siquiera un hombre, sino una joven sin influjo en la sociedad de su tiempo. Además, es originaria de Nazaret, aldea que nunca cita el Antiguo Testamento y que no debía gozar de buena fama, como lo dan a entender las palabras de Natanael que refiere el evangelio de san Juan: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,46).

El carácter extraordinario y gratuito de la intervención de Dios resulta aún más evidente si se compara con el episodio de Zacarías. Pone de relieve la condición sacerdotal de Zacarías y la ejemplaridad de vida, que hace de él y de su mujer Isabel modelos de los justos del Antiguo Testamento: «Caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor» (Lc 1,6). En cambio, ni siquiera se alude al origen de María. En efecto, la expresión «de la casa de David» (Lc 1,27) se refiere sólo a José. No se dice nada de la conducta de María. Con esa elección literaria, san Lucas destaca que en ella todo deriva de una gracia soberana. Cuanto le ha sido concedido no proviene de ningún título de mérito, sino únicamente de la libre y gratuita predilección divina.

4. Al actuar así, el evangelista no desea poner en duda el excelso valor personal de la Virgen santa. Más bien, quiere presentar a María como puro fruto de la benevolencia de Dios, quien tomó de tal manera posesión de ella, que la hizo, como dice el ángel, *llena de gracia*. Precisamente la abundancia de gracia funda la riqueza espiritual oculta en María.

En el Antiguo Testamento, Yahveh manifiesta la sobreabundancia de su amor de muchas maneras y en numerosas circunstancias. En María, en los albores del Nuevo Testamento, la gratuidad de la misericordia divina alcanza su grado supremo. En ella la predilección de Dios, manifestada al pueblo elegido y en particular a los humildes y a los pobres, llega a su culmen.

La Iglesia, alimentada por la palabra del Señor y por la experiencia de los santos, exhorta a los creyentes a dirigir su mirada hacia la Madre del Redentor y a sentirse como ella amados por Dios. Los invita a imitar su humildad y su pobreza, para que, siguiendo su ejemplo y gracias a su intercesión, puedan perseverar en la gracia divina que santifica y transforma los corazones.

La santidad perfecta de María (*Catequesis del 15 mayo 1996*)

1. En María, *llena de gracia*, la Iglesia ha reconocido a la «toda santa, libre de toda mancha de pecado, (...) enriquecida desde el primer instante de su concepción con una resplandeciente santidad del todo singular» (LG 56). Este reconocimiento requirió un largo itinerario de reflexión doctrinal, que llevó a la proclamación solemne del dogma de la Inmaculada Concepción.

El término «*hecha* llena de gracia» que el ángel aplica a María en la Anunciación se refiere al excepcional favor divino concedido a la joven de Nazaret con vistas a la maternidad anunciada, pero indica más directamente el efecto de la gracia divina en María, pues fue colmada, de forma íntima y estable, por la gracia divina y, por tanto, santificada. El calificativo «*llena de gracia*» tiene un significado densísimo, que el Espíritu Santo ha impulsado siempre a la Iglesia a profundizar.

2. En el saludo del ángel la expresión *llena de gracia* equivale prácticamente a un nombre: es el nombre de María a los ojos de Dios. Según la costumbre semítica, el nombre expresa la realidad de las personas y de las cosas a que se refiere. Por consiguiente, el título *llena de gracia* manifiesta la dimensión más profunda de la personalidad de la joven de Nazaret: de tal manera estaba colmada de gracia y era objeto del favor divino, que podía ser definida por esta predilección especial. El Concilio recuerda que a esa verdad aludían los Padres de la Iglesia cuando llamaban a María *la toda santa*, afirmando al mismo tiempo que era «una criatura nueva, creada y formada por el Espíritu Santo» (LG 56). La gracia, entendida en su sentido de *gracia santificante* que lleva a cabo la santidad personal, realizó en María la nueva creación, haciéndola plenamente conforme al proyecto de Dios.

3. Así, la reflexión doctrinal ha podido atribuir a María una perfección de santidad que, para ser completa, debía abarcar necesariamente el origen de su vida. A esta pureza original se refería un obispo de Palestina entre los años 550 y 650, Theoteknos de Livias. Presentando a María como «santa y toda hermosa», «pura y sin mancha», alude a su nacimiento con estas palabras: «Nace como los querubines la que está formada por una arcilla pura e inmaculada» (*Panegírico para la fiesta de la Asunción*, 5-6).

Esta última expresión, recordando la creación del primer hombre, formado por una arcilla no manchada por el pecado, atribuye al nacimiento de María las mismas características: también el origen de la Virgen fue *puro e inmaculado*, es decir, sin ningún pecado. Además, la comparación con los querubines reafirma la excelencia de la santidad que caracterizó la vida de María ya desde el inicio de su existencia.

Esta afirmación marca una etapa significativa de la reflexión teológica sobre el misterio de la Madre del Señor. Los Padres griegos y orientales habían admitido una purificación realizada por la gracia en María tanto antes de la Encarnación (san Gregorio Nacianceno, *Oratio* 38,16) como en el momento mismo de la Encarnación (san Efrén, Javeriano de Gabala y Santiago de Sarug). Theoteknos de Livias parece exigir para María una pureza absoluta ya desde el inicio de su vida. En efecto, la mujer que estaba destinada a convertirse en Madre del Salvador no podía menos de tener un origen perfectamente santo, sin mancha alguna.

4. En el siglo VIII, Andrés de Creta es el primer teólogo que ve en el nacimiento de María una nueva creación: «Hoy la humanidad, en todo el resplandor de su nobleza inmaculada, recibe su antigua belleza. Las vergüenzas del pecado habían oscurecido el esplendor y el atractivo de la naturaleza humana; pero cuando nace la Madre del Hermoso por excelencia, esta naturaleza recupera, en su persona, sus antiguos privilegios, y es formada según un modelo perfecto y realmente digno de Dios. (...) Hoy comienza la reforma de nuestra naturaleza, y el mundo envejecido, que sufre una transformación totalmente divina, recibe las primicias de la segunda creación» (*Sermón I, sobre el nacimiento de María*).

Más adelante, usando la imagen de la arcilla primitiva, afirma: «El cuerpo de la Virgen es una tierra que Dios ha trabajado, las primicias de la masa adamítica divinizada en Cristo, la imagen realmente semejante a la belleza primitiva, la arcilla modelada por las manos del Artista divino» (*Sermón I, sobre la dormición de María*).

La Concepción pura e inmaculada de María aparece así como el inicio de la nueva creación. Se trata de un privilegio personal concedido a la mujer elegida para ser la Madre de Cristo, que inaugura el tiempo de la gracia abundante, querido por Dios para la humanidad entera.

Esta doctrina, recogida en el mismo siglo VIII por san Germán de Constantinopla y por san Juan Damasceno, ilumina el valor de la santidad original de María, presentada como el inicio de la redención del mundo.

De este modo, la reflexión eclesial ha recibido y explicitado el sentido auténtico del título *llena de gracia*, que el ángel atribuye a la Virgen santa. María está llena de gracia santificante, y lo está desde el primer momento de su existencia. Esta gracia, según la carta a los Efesios (Ef 1,6), es otorgada en Cristo a todos los creyentes. La santidad original de María constituye el modelo insuperable del don y de la difusión de la gracia de Cristo en el mundo.

La Inmaculada Concepción (*Catequesis del 29 mayo 1996*)

1. En la reflexión doctrinal de la Iglesia de Oriente, la expresión *llena de gracia* fue interpretada, ya desde el siglo VI, en el sentido de una santidad singular que reina en María durante toda su existencia. Ella inaugura así la nueva creación. Además del relato de la Anunciación, la Tradición y el Magisterio han considerado el Protoevangelio (Gn 3,15) como una fuente escriturística de la verdad de la Inmaculada Concepción de María. A partir de la antigua versión latina: «Ella te aplastará la cabeza», ha inspirado muchas representaciones de la Inmaculada que aplasta a la serpiente bajo sus pies.

En el texto hebraico, quien pisa la cabeza de la serpiente no es la mujer, sino su linaje, su descendiente. Por consiguiente, no atribuye a María, sino a su Hijo, la victoria sobre Satanás. Sin embargo, dado que la concepción bíblica establece una profunda solidaridad entre el progenitor y la descendencia, es coherente con el sentido original del pasaje la representación de la Inmaculada que aplasta a la serpiente, no por virtud propia sino de la gracia del Hijo.

2. En el mismo texto bíblico, además, se proclama la enemistad entre la mujer y su linaje, por una parte, y la serpiente y su descendencia, por otra. Se trata de una hostilidad expresamente establecida por Dios, que cobra un relieve singular si consideramos la cuestión de la santidad personal de la Virgen. Para ser la enemiga irreconciliable de la serpiente y de su linaje, María debía estar exenta de

todo dominio del pecado. Y esto desde el primer momento de su existencia.

A este respecto, la encíclica *Fulgens corona*, publicada por el Papa Pío XII en 1953 para conmemorar el centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, argumenta así: «Si en un momento determinado la santísima Virgen María hubiera quedado privada de la gracia divina, por haber sido contaminada en su concepción por la mancha hereditaria del pecado, entre ella y la serpiente no habría ya -al menos durante ese período de tiempo, por más breve que fuera- la enemistad eterna de la que se habla desde la tradición primitiva hasta la solemne definición de la Inmaculada Concepción, sino más bien cierta servidumbre» (AAS 45 [1953], 579).

La absoluta enemistad puesta por Dios entre la mujer y el demonio exige, por tanto, en María la Inmaculada Concepción, es decir, una ausencia total de pecado, ya desde el inicio de su vida. El Hijo de María obtuvo la victoria definitiva sobre Satanás e hizo beneficiaria anticipadamente a su Madre, preservándola del pecado. Como consecuencia, el Hijo le concedió el poder de resistir al demonio, realizando así en el misterio de la Inmaculada Concepción el más notable efecto de su obra redentora.

3. El apelativo *llena de gracia* y el Protoevangelio, al atraer nuestra atención hacia la santidad especial de María y hacia el hecho de que fue completamente librada del influjo de Satanás, nos hacen intuir en el privilegio único concedido a María por el Señor el inicio de un nuevo orden, que es fruto de la amistad con Dios y que implica, en consecuencia, una enemistad profunda entre la serpiente y los hombres.

Como testimonio bíblico en favor de la Inmaculada Concepción de María, se suele citar también la «mujer vestida de sol» (Ap 12,1). La exégesis actual concuerda en ver en esa mujer a la comunidad del pueblo de Dios, que da a luz con dolor al Mesías resucitado. Pero, además de la interpretación colectiva, el texto sugiere también una individual, cuando afirma: «La mujer dio a luz un hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro» (Ap 12,5). Así, haciendo referencia al parto, se admite cierta identificación de la mujer vestida de sol con María, la mujer que dio a luz al Mesías. La mujer-comunidad está descrita con los rasgos de la mujer-Madre de Jesús.

Caracterizada por su maternidad, la mujer «está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz» (Ap 12,2). Esta observación remite a la Madre de Jesús al pie de la cruz (cf. Jn 19,25), donde participa, con el alma traspasada por la espada (cf. Lc 2,35), en los dolores del parto de la comunidad de los discípulos. A pesar de sus sufrimientos, está *vestida de sol*, es decir, lleva el reflejo del esplendor divino, y aparece como *signo grandioso* de la relación esponsal de Dios con su pueblo.

Estas imágenes, aunque no indican directamente el privilegio de la Inmaculada Concepción, pueden interpretarse como expresión de la solicitud amorosa del Padre que llena a María con la gracia de Cristo y el esplendor del Espíritu.

Por último, el Apocalipsis invita a reconocer más particularmente la dimensión eclesial de la personalidad de María: la mujer vestida de sol representa la santidad de la Iglesia, que se realiza plenamente en la santísima Virgen, en virtud de una gracia singular.

4. A esas afirmaciones escriturísticas, en las que se basan la Tradición y el Magisterio para fundamentar la doctrina de la Inmaculada Concepción, parecerían oponerse los textos bíblicos que afirman la universalidad del pecado.

El Antiguo Testamento habla de un contagio del pecado que afecta a «todo nacido de mujer» (Sal 50,7; Jb 14,2). En el Nuevo Testamento, san Pablo declara que, como consecuencia de la culpa de Adán, «todos pecaron» y que «el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación» (Rm 5,12.18). Por consiguiente, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*, el pecado original «afecta a la naturaleza humana», que se encuentra así «en un estado caído». Por eso, el pecado se transmite «por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales» (CEC 404). San Pablo admite una excepción de esa ley universal: Cristo, que «no conoció pecado» (2 Co 5,21) y así pudo hacer que sobreabundara la gracia «donde abundó el pecado» (Rm 5,20).

Estas afirmaciones no llevan necesariamente a concluir que María forma parte de la humanidad pecadora. El paralelismo que san Pablo establece entre Adán y Cristo se completa con el que establece entre Eva y María: el papel de la mujer, notable

en el drama del pecado, lo es también en la redención de la humanidad. San Ireneo presenta a María como la nueva Eva que, con su fe y su obediencia, contrapesa la incredulidad y la desobediencia de Eva. Ese papel en la economía de la salvación exige la ausencia de pecado. Era conveniente que, al igual que Cristo, nuevo Adán, también María, nueva Eva, no conociera el pecado y fuera así más apta para cooperar en la redención.

El pecado, que como torrente arrastra a la humanidad, se detiene ante el Redentor y su fiel colaboradora. Con una diferencia sustancial: Cristo es totalmente santo en virtud de la gracia que en su humanidad brota de la persona divina; y María es totalmente santa en virtud de la gracia recibida por los méritos del Salvador.

María Inmaculada, redimida por preservación del pecado (*Catequesis del 5 junio 96*)

1. La doctrina de la santidad perfecta de María desde el primer instante de su concepción encontró cierta resistencia en Occidente, por las afirmaciones de san Pablo sobre el pecado original y la universalidad del pecado, recogidas y expuestas con especial vigor por san Agustín. El gran doctor de la Iglesia se daba cuenta de que la condición de María, madre de un Hijo completamente santo, exigía una pureza total y una santidad extraordinaria. Por esto, en la controversia con Pelagio, declaraba que la santidad de María constituye un don excepcional de gracia, y afirmaba: «Exceptuando a la santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido a nuestro Señor, cuando se trata de pecados, no quiero mover absolutamente ninguna cuestión, porque sabemos que a ella le fue conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que nos consta que no tuvo pecado alguno» (*De natura et gratia*, 42).

San Agustín reafirmó la santidad perfecta de María y la ausencia en ella de todo pecado personal a causa de la excelsa dignidad de Madre del Señor. Con todo, no logró entender cómo la afirmación de una ausencia total de pecado en el momento de la concepción podía conciliarse con la doctrina de la universalidad del pecado original y de la necesidad de la redención para todos los descendientes de Adán. A esa consecuencia llegó, luego, la inteligen-

cia cada vez más penetrante de la fe de la Iglesia, aclarando cómo se benefició María de la gracia redentora de Cristo ya desde su concepción.

2. En el siglo IX se introdujo también en Occidente la fiesta de la Concepción de María, primero en el sur de Italia, en Nápoles, y luego en Inglaterra. Hacia el año 1128, un monje de Cantorbery, Eadmero, escribiendo el primer tratado sobre la Inmaculada Concepción, lamentaba que la relativa celebración litúrgica, grata sobre todo a aquellos «en los que se encontraba una pura sencillez y una devoción más humilde a Dios» (*Tract. de conc. B.M.V.*, 1-2), había sido olvidada o suprimida. Deseando promover la restauración de la fiesta, el piadoso monje rechaza la objeción de san Agustín contra el privilegio de la Inmaculada Concepción, fundada en la doctrina de la transmisión del pecado original en la generación humana. Recurre oportunamente a la imagen de la castaña «que es concebida, alimentada y formada bajo las espinas, pero que a pesar de eso queda al resguardo de sus pinchazos» (*ib.*, 10). Incluso bajo las espinas de una generación que de por sí debería transmitir el pecado original -argumenta-, María permaneció libre de toda mancha, por voluntad explícita de Dios que «lo pudo, evidentemente, y lo quiso. Así pues, si lo quiso, lo hizo» (*ib.*).

A pesar de Eadmero, los grandes teólogos del siglo XIII hicieron suyas las dificultades de san Agustín, argumentando así: la redención obrada por Cristo no sería universal si la condición de pecado no fuese común a todos los seres humanos. Y si María no hubiera contraído la culpa original, no hubiera podido ser rescatada. En efecto, la redención consiste en librar a quien se encuentra en estado de pecado.

3. Duns Escoto, siguiendo a algunos teólogos del siglo XII, brindó la clave para superar estas objeciones contra la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Sostuvo que Cristo, el mediador perfecto, realizó precisamente en María el acto de mediación más excelso, preservándola del pecado original. E introdujo en la teología el concepto de redención preservadora, según la cual María fue redimida de modo aún más admirable: no por liberación del pecado, sino por preservación del pecado.

La intuición del beato Juan Duns Escoto (llamado el «doctor de la Inmaculada»), obtuvo, ya desde

el inicio del siglo XIV, una buena acogida por parte de los teólogos, sobre todo franciscanos. Después de que el Papa Sixto IV aprobara, en 1477, la Misa de la Concepción, esa doctrina fue cada vez más aceptada en las escuelas teológicas. Ese providencial desarrollo de la liturgia y de la doctrina preparó la definición del privilegio mariano por parte del Magisterio supremo, después de muchos siglos, bajo el impulso de una intuición de fe fundamental: la Madre de Cristo debía ser perfectamente santa desde el origen de su vida.

4. El excepcional privilegio concedido a María pone claramente de manifiesto que la acción redentora de Cristo no sólo libera, sino también preserva del pecado. Esa dimensión de preservación, que es total en María, se halla presente en la intervención redentora a través de la cual Cristo, liberando del pecado, da al hombre también la gracia y la fuerza para vencer su influjo en su existencia.

De ese modo, el dogma de la Inmaculada Concepción de María no ofusca, sino que más bien contribuye admirablemente a poner mejor de relieve los efectos de la gracia redentora de Cristo en la naturaleza humana. A María, primera redimida por Cristo, que tuvo el privilegio de no quedar sometida ni siquiera por un instante al poder del mal y del pecado, miran los cristianos como al modelo perfecto y a la imagen de la santidad (cf. *LG* 65) que están llamados a alcanzar, con la ayuda de la gracia del Señor, en su vida.

Ofrenda floral el 8 de diciembre en la Plaza España de Roma

8 de diciembre de 1984

«Establezco hostilidades entre ti y la mujer... ella te herirá en la cabeza» (Gen 3, 15).

Estas palabras pronunciadas por el Creador en el jardín del Edén, están presentes en la liturgia de la fiesta de hoy. Están presentes en la teología de la Inmaculada Concepción. Con ellas Dios ha abrazado la historia del hombre en la tierra después del pecado original: «hostilidad»: lucha entre el bien y el mal, entre la gracia y el pecado.

Esta lucha colma la historia del hombre en la tierra, crece en la historia de los pueblos, de las naciones, de los sistemas y, finalmente de toda la humanidad. Esta lucha alcanza, en nuestra época,

un nuevo nivel de tensión. La Inmaculada Concepción no te ha excluido de ella, sino que te ha enraizado aún más en ella.

Tú, Madre de Dios, estás en medio de nuestra historia. Estás en medio de esta tensión.

Venimos hoy, como todos los años, a Ti, Virgen de la Plaza de España, conscientes más que nunca de esa lucha y del combate que se desarrolla en las almas de los hombres, entre la gracia y el pecado, entre la fe y la indiferencia e incluso el rechazo de Dios.

Somos conscientes de estas luchas que perturban el mundo contemporáneo. Conscientes de esta «hostilidad» que desde los orígenes te contrapone al tentador, a aquel que engaña al hombre desde el principio y es el «padre de la mentira», el «príncipe de las tinieblas» y, a la vez, el «príncipe de este mundo» (Jn 12, 31).

Tú, que «aplastas la cabeza de la serpiente», no permitas que cedamos. No permitas que nos dejemos vencer por el mal, sino que haz que nosotros mismos vencamos al mal con el bien. Oh, Tú, victoriosa en tu Inmaculada Concepción, victoriosa con la fuerza de Dios mismo, con la fuerza de la gracia.

Mira que se inclina ante Ti Dios Padre Eterno. Mira que se inclina ante Ti el Hijo, de la misma naturaleza que el Padre, tu Hijo crucificado y resucitado. Mira que te abraza la potencia del Altísimo: el Espíritu Santo, el Fautor de la Santidad. La heredad del pecado es extraña a Ti. Eres «llena de gracia». Se abre en Ti el reino de Dios mismo. Se abre en Ti el nuevo porvenir del hombre, del hombre redimido, liberado del pecado. Que este porvenir penetre, como la luz del Adviento, las tinieblas que se extienden sobre la tierra, que caen sobre los corazones humanos y sobre las conciencias. ¡Oh Inmaculada! «Madre que nos conoces, permanece con tus hijos». Amén.

Ángelus, plaza de San Pedro, 8 diciembre 1984:

1. *Tota pulchra es, Maria!* Hace 150 años, el 8 de diciembre de 1854, el beato Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen. El privilegio de ser preservada del pecado original significa que ella es la primera redimida por su Hijo. Su sublime belleza, reflejo de la de Cristo, es para todos los creyentes prenda de la victoria de la gracia divina sobre el pecado y la muerte.

2. La Inmaculada Concepción aparece como un faro de luz para la humanidad de todos los tiempos. Al inicio del tercer milenio, nos orienta a creer y esperar en Dios, en su salvación y en la vida eterna. Ilumina en particular el camino de la Iglesia comprometida en la nueva evangelización.

3. Esta tarde, en el tradicional homenaje a la Virgen en la plaza de España, le consagraré la ciudad de Roma y el mundo entero a ella, Madre inmaculada del Verbo hecho hombre. A su poderosa intercesión nos dirigimos ahora con confianza filial, rezando el Ángelus.

8 de diciembre de 2000

Se renueva hoy, 8 de diciembre, la devota peregrinación de los romanos a esta histórica plaza de España, en la que el beato Pío IX quiso erigir, en 1856, este monumento mariano en recuerdo de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Rendimos homenaje a María santísima, preservada, desde el primer instante, del contagio de la culpa original y de toda otra sombra de pecado, en virtud de los méritos de su Hijo Jesucristo, nuestro único Redentor. Como todos los años, de buen grado me uno a esta tradicional ofrenda floral, símbolo elocuente de una consagración común al Corazón Inmaculado de la Madre del Señor.

En el marco del gran jubileo, resuena con singular fuerza la verdad de fe que hoy la Iglesia profesa y proclama: *«Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te aplastará la cabeza»* (Gn 3, 15). ¡Palabras proféticas de esperanza, que resonaron en los albores de la historia! Anuncian la victoria que Jesús, «nacido de mujer» (Ga 4, 4), lograría sobre Satanás, príncipe de este mundo.

«Te aplastará la cabeza»: la victoria del Hijo es victoria de la Madre, la Esclava Inmaculada del Señor, que intercede por nosotros como abogada misericordiosa. Este es el misterio que celebramos hoy; este es el anuncio que renovamos con fe al pie de esta columna mariana. Roma, cuna de historia y de civilización, elegida por Dios como sede de Pedro y de sus sucesores, tierra santificada por numerosos mártires y testigos de la fe, extiende hoy sus brazos al mundo entero. Roma, centro de la fe

católica, en representación del pueblo cristiano esparcido por los cinco continentes, proclama con fe gozosa:

en ti, María, ha triunfado el Amor.

«Pondré enemistad entre ti y la mujer...». ¿No se condensa en estas misteriosas palabras del libro del Génesis la verdad dramática de toda la historia del hombre?»

Hace treinta y cinco años, al concluir sus trabajos, el concilio ecuménico Vaticano II

recordó que la historia es, en su realidad profunda, escenario de «una dura batalla contra los poderes de las tinieblas, que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor» (GS 37). En este enfrentamiento sin tregua se encuentra implicado el hombre, todo hombre, que «debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo» (ib.).

Virgen Inmaculada, Madre del Salvador, los siglos hablan de tu presencia materna

en apoyo del pueblo que peregrina por las sendas de la historia. A ti elevamos nuestra mirada y te pedimos que nos sostengas en la lucha contra el mal y en nuestro compromiso por el bien. Consérvanos bajo tu tutela materna, Virgen toda hermosa y toda santa. Ayúdanos a avanzar en el nuevo milenio revestidos de la humildad que te convirtió en predilecta a los ojos del Altísimo.

Que no se pierdan los frutos de este Año jubilar. En tus manos ponemos el futuro que nos espera, invocando sobre el mundo entero tu constante protección. Por eso, como el apóstol san Juan, queremos acogerte en nuestra casa (cf. Jn 19, 27).

¡Quédate con nosotros, María, quédate con nosotros siempre! intercede por nosotros al Señor Jesucristo! Amén.

Sábado 8 de diciembre de 2001

1. *Madre* Inmaculada, en este día solemne, iluminado por el resplandor de tu Inmaculada Concepción, nos encontramos a tus pies, en esta histórica plaza, en el corazón de la Roma cristiana. Como todos los años, hemos venido a repetir el tradicional homenaje floral del 8 de diciembre, queriendo ex-

presar con este gesto el amor filial de la ciudad, que cuenta con tantos signos de tu presencia materna. Hemos venido en humilde peregrinación y, haciéndonos portavoces de todos los creyentes, te invocamos con confianza: *»Monstra te esse matrem... Muéstrate Madre para todos, ofrece nuestra oración; Cristo, que se hizo Hijo tuyo, la acoja benigno«*.

2. *Monstra te esse matrem!«*. Muéstrate Madre para nosotros que, ante esta célebre imagen tuya, con corazón gozoso damos gracias a Dios por el don de tu Inmaculada Concepción. Tú eres la Toda Hermosa, a la que el Altísimo revistió con su poder. Tú eres la Toda Santa, a la que Dios preparó como su intacta morada de gloria. Salve, Templo arcano de Dios, salve, llena de gracia, intercede por nosotros.

3. *Monstra te esse matrem!«*. Te pedimos que presentes nuestra oración a Aquel que te revistió de gracia, sustrayéndote a toda sombra de pecado. Nubes oscuras se ciernen sobre el horizonte del mundo. La humanidad, que saludó con esperanza la aurora del tercer milenio, siente ahora que se cierne sobre ella la amenaza de nuevos y tremendos conflictos. Está en peligro la paz del mundo. Precisamente por esto venimos a ti, Virgen Inmaculada, para pedirte que obtengas, como Madre comprensiva y fuerte, que los hombres, renunciando al odio, se abran al perdón recíproco, a la solidaridad constructiva y a la paz.

4. *Monstra te esse matrem!«*. Vela, oh María, sobre la gran familia eclesial, para que todos los creyentes, como verdaderos discípulos de tu Hijo, caminen en la luz de su presencia. Sigue velando particularmente sobre la Iglesia de Roma, que el 8 de diciembre de 1995, precisamente en este lugar, emprendió con confianza la misión ciudadana con vistas al gran jubileo. Fue una misión de frutos abundantes y profundos, que contribuyó a difundir el Evangelio de la esperanza en cada rincón de la ciudad, movilizándolo a sacerdotes, religiosos y laicos para una amplia y profunda renovación espiritual. Fue un camino dinámico y valiente que, con la gracia del tiempo jubilar, ha hecho que las personas y las familias, las parroquias y las comunidades sean conscientes del mandato misionero que cada uno debe asumir responsablemente, valorando la riqueza y la variedad de sus propios carismas.

5. *Monstra te esse matrem!«*. Estrella de la nueva evangelización, impúlsanos y acompáñanos

tras los pasos de una pastoral incansablemente misionera, con un programa único y decisivo: anunciar a Cristo, Redentor del hombre. Que la misión se convierta en testimonio diario de cada creyente en el ambiente donde vive; que gracias a ella se renueve el rostro cristiano de Roma, para que resulte claro a todos que la fidelidad a Cristo cambia la existencia personal y modela un futuro de paz, un porvenir mejor para todos.

Madre Inmaculada, que haces a la Iglesia fecunda en hijos, apoya también nuestra incesante solicitud por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Que la asamblea romana del próximo mes de junio, que la diócesis dedica oportunamente a este tema, impulse a los jóvenes y a sus familias a responder con corazón generoso a la llamada del Señor.

6. *Monstra te esse matrem!«*. Sé para nosotros roca de valentía y fidelidad, oh humilde joven de Nazaret, gloriosa Reina del mundo. Ofrece nuestra oración al Verbo de Dios, que, convirtiéndose en Hijo tuyo, se hizo hermano nuestro. Que gracias a tu valiosísima intercesión todo el pueblo de Dios y en particular esta amada Iglesia de Roma, «reme mar adentro» hacia la santidad, que constituye la condición decisiva para todo apostolado fecundo. Madre de misericordia y de paz, Inmaculada Madre de Dios, ¡rueda por nosotros!

8 de diciembre de 2004

Una vez más estamos aquí para rendirte homenaje a los pies de esta columna, desde la cual tú velas con amor sobre Roma y sobre el mundo entero, desde que, hace ya ciento cincuenta años, el beato Pío IX proclamó, como verdad de la fe católica, tu preservación de toda mancha de pecado, en previsión de la muerte y resurrección de tu Hijo Jesucristo.

¡Virgen Inmaculada! tu intacta belleza espiritual es para nosotros una fuente viva de confianza y de esperanza. Tenerte como Madre, Virgen Santa, Nos reafirma en el camino de la vida como prenda de eterna salvación. Por eso a ti, oh María, Confiamos recurrimos. Ayúdanos a construir un mundo donde la vida del hombre sea siempre amada y defendida, toda forma de violencia rechazada, la paz buscada tenazmente por todos. ¡Virgen Inmaculada!

En este Año de la Eucaristía concédenos celebrar y adorar con de renovada y ardiente amor el santo misterio del Cuerpo y Sangre de Cristo. En tu escuela, oh Mujer Eucarística, enséñanos a hacer memoria de las maravillosas obras que Dios no cesa de realizar en el corazón de los hombres. Con premura materna, Virgen María, guía siempre nuestros pasos por los senderos del bien. ¡Amén!

MENSAJE DEL REGINA CAELI EN LA CATEDRAL BASÍLICA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

(MARTES 8 DE MAYO DE 1990).

1. «¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!».

Con esta expresión de gozo la Iglesia se dirige a la Virgen María durante todo el período pascual en el que celebramos la presencia del Señor resucitado y la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

¡Alégrate! Lo repetimos a la Virgen Madre, con el eco mismo de las palabras del arcángel Gabriel en la Anunciación, cuando la Virgen de Nazaret recibió el mensaje de haber sido elegido para ser la Madre del Redentor.

«¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!». Toda la Iglesia participa de la alegría de la Virgen María por la Resurrección de su Hijo, después de haberla contemplado traspasada de dolor al pie de la Cruz y llena de esperanza en la aurora de la Resurrección.

La tradición de la Iglesia asocia el misterio del parto virginal de María al misterio de la resurrección gloriosa de Jesús. Intacta quedó la Virgen Madre en el nacimiento del Hijo de Dios. Intacto quedó el sepulcro al salir de él, resucitado y triunfante, Cristo el Señor. La Resurrección del Hijo es el gozo de la Madre y la alegría de toda la Iglesia. Sí. Alégrate, Virgen María, porque el Señor al que has merecido llevar en tu seno, ha resucitado según su palabra. Esa palabra que tú conservaste con fe y amor hasta «el tercer día».

2. He querido peregrinar hasta el santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, en esta mi segunda visita pastoral a México, para venerar a la Virgen María que aquí, como en Guadalupe, ha acompañado las primicias de la evangelización en la tierra mexicana. El fervor multitudinario de los peregrinos que acuden a Ella, especialmente desde

el Estado de Jalisco, da prueba del afecto filial que todos tienen a la Virgen, venerada aquí en su imagen desde el siglo XVI, y que ha hecho del santuario de San Juan de los Lagos uno de los centros de piedad mariana más importante de toda la nación.

La imagen de nuestra Señora de San Juan de los Lagos tiene el encanto de las cosas sencillas, como sencilla fue la vida de la Virgen de Nazaret. Una imagen hecha de material humilde por los artesanos de estas tierras, pero labrada con el inmenso amor y fruto de luminosa fe; y que, a la vez, posee el misterio de la grandeza misma de la Virgen, en la que Dios hizo maravillas, desde su Inmaculada Concepción hasta su gloriosa Asunción a los cielos. Estamos ante una imagen que podríamos llamar «resucitada», porque fue rescatada de un período de olvido y restaurada para gozo y consuelo de los hijos de estos lugares. Al mismo tiempo, es como una imagen «resucitadora», pues a su poder milagroso le atribuye la tradición el portento de haber vuelto a la vida una niña humilde.

María, la Madre del Resucitado, es la Madre de la vida. En su seno floreció Jesús que es la «vida del mundo», y al calor de su intercesión maternal nacen y crecen los hijos de Dios, desde las aguas bautismales hasta el ingreso en la vida sin ocaso, que es la gloria del cielo. ¡Con cuánto amor cuida la Virgen de la vida de todos sus hijos! La vida natural y la vida sobrenatural están bajo su protección y amparo maternal. Por eso, Ella se preocupa también de acercarnos a las fuentes mismas de la vida, a la gracia de los sacramentos; en definitiva, nos acerca a Jesús resucitado, que ha venido para darnos vida en abundancia y hacernos partícipes de su resurrección gloriosa.

3. «¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!». Con todos los hijos de esta diócesis de San Juan de los Lagos, presididos por su pastor, en este santuario mariano que es también la casa y hogar de esta Iglesia local, te decimos: ¡Alégrate, Virgen María, porque Cristo tu Hijo ha resucitado!

¡Oh Virgen limpia de toda mancha, Madre de la vida! Te pedimos que protejas a todos tus hijos de esa Iglesia de San Juan de los Lagos y de todo México, que con filial devoción imploran tu intercesión ante el Señor resucitado, primicia de nuestra resurrección y esperanza de nuestra gloria futura.

ELEMENTOS LITÚRGICOS



ORACIÓN UNIVERSAL I:

Fundamentados en la piedra inamovible de la fe de San Pedro, de quien fue sucesor el Papa Juan Pablo II, beato, y alentados por su celo apostólico, dirijamos al Padre nuestras oraciones, llenos de confianza, diciendo:

Escucha, Señor, los deseos de tu Iglesia.

1. Para que la fuerza del Espíritu Santo mantenga muy viva en todos los fieles la llama de la fe proclamada por la sangre de San Pedro y San Pablo y testificada por la enseñanza y la vida del Papa Juan Pablo II, beato. *Oremos.*



2. Para que el Señor, que encomendó a San Pedro la dirección espiritual de la Iglesia universal, y a nosotros la evangelización de los alejados, haga brillar la fe sobre todos los que aún no le conocen o se han excluido de la salvación. *Oremos.*

3. Para que el nuestro santo padre el Papa Benedicto XVI conduzca a la Iglesia de Dios con la sabiduría del Espíritu y la firmeza de la fe apostólica, y los cristianos perseveremos firmes en esa fe y anunciemos a Cristo al mundo con la palabra y la vida. *Oremos.*

4. Para que los que están en prisión por causa de su fe o sufren persecución, evangelicen el ambiente desde sus propias condiciones, y obtengan la libertad gracias a la intercesión del Papa Juan Pablo II, beato, y la oración perseverante de la Iglesia. *Oremos.*

5. Para que nuestra diócesis, como las comunidades visitadas por el sucesor de San Pedro, se alimente de la Palabra que anunció, y encarne con dinamismo la Iglesia de Cristo como parte de la gran familia de Dios. *Oremos.*

6. Para que nosotros, que éramos extranjeros y forasteros, edificados ahora sobre el fundamento de los apóstoles, vivamos fielmente nuestra vocación cristiana, y se acreciente nuestro espíritu misionero, utilizando los medios modernos para comunicar el Evangelio al mundo de hoy. *Oremos.*

Por el misterio de tu Eucaristía, concédenos, Padre, formar un solo corazón y una sola alma, y por medio del testimonio que dio el Papa Juan Pablo II de tu amor en el mundo, te conozcamos a tí y a tu enviado Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ORACIÓN UNIVERSAL II:

Oremos al Padre, por mediación de Jesucristo, quien ha elegido a María como Madre y la ha enriquecido de gracia singular desde el primer instante de su existencia, pidiendo que escuche la oración de su Iglesia, en esta visita a nuestra diócesis de las Reliquias del Papa Juan Pablo II, beato. Respondemos a cada petición:

R. Señor, haz que pasemos de las tinieblas a la luz.

1. Para que la luz de la Pascua vivida por el Papa de la Paz rejuvenezca las energías de los ministros

de la Iglesia, remueva la invalidez y cansancio de sus estructuras, y supere la rutina de sus actividades. **Oremos.**

2. Para que quienes toman las decisiones públicas tomen en cuenta los valores de la verdad, la libertad y el amor, defiendan la honestidad de los hogares, la dignidad de la mujer y los derechos de los pobres. **Oremos.**
3. Para que el Señor resucitado se acuerde en su Reino de los pobres y afligidos, de los enfermos y moribundos, de los que sufren desintegración familiar y adicciones, de las víctimas de la delincuencia. **Oremos.**
4. Para que cuantos celebramos la espera del Retorno glorioso de Cristo nos ayudemos unos a otros con esperanza, y trabajemos por mejorar la comunidad humana, siguiendo las enseñanzas del Papa Juan Pablo II, beato. **Oremos.**

Padre santo, que en la gloriosa Muerte de tu Hijo, víctima de expiación por nuestros pecados, pusiste el fundamento de la reconciliación y de la paz, y en el Papa Juan Pablo II, beato, nos diste un eximio promotor de ella, abre nuestro corazón a la verdadero conversión, y haznos testigos de la nueva humanidad, pacificada por tu amor. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

su cooperación libre, llene al mundo con su fuerza y haga nacer en todos los seres humanos un deseo vivo de la llegada del Reino de Dios. **Oremos.**

3. Para que quienes se han alejado del camino del bien, por la intercesión de María inmaculada, refugio de pecadores, y del Beato Juan Pablo II, se conviertan de sus malos pasos y obtengan el perdón de sus culpas por la mediación de la Iglesia. **Oremos.**
4. Para que las comunidades de nuestra diócesis, por su devoción a Nuestra Señora de San Juan, y la veneración de las Reliquias del Beato Juan Pablo II, crezcamos en el sentido de familia evangelizadora, y demos un «sí» total como el suyo al plan de Dios. **Oremos.**

Padre del cielo, que dispersas a los soberbios y colmas de bienes a los hambrientos, socorre a tu pueblo que te invoca con ocasión de la visita de las Reliquias del Beato Juan Pablo II a este santuario en la festividad de María Inmaculada, patrona de nuestra diócesis, y haz que te alabemos en paz y concordia. Por Jesucristo nuestro Señor.

MISA DEL BEATO JUAN PABLO II

ORACIÓN UNIVERSAL III:

Nuestra Señora de San Juan es el símbolo que nos une como familia diocesana, junto con el amor al Papa y otros valores. Agradecemos al Señor la fe de nuestro pueblo, con sus rasgos culturales marianos, y pidámosle, en esta visita de las Reliquias del Beato Juan Pablo II, que la haga madurar en el testimonio de Cristo en todas las circunstancias de la vida moderna, diciendo:

Que María inmaculada interceda por nosotros.

1. Para que el Señor, que quiso prefigurar y culminar en María la santidad a que nos ha llamado, conceda a todos los miembros de la Iglesia ser reflejo de su hermosura inmaculada y su inocencia, reflejo de la gloria de Cristo. **Oremos.**
2. Para que el Espíritu Santo, que engendró en María al Verbo eterno del Padre, contando con

(Se recomienda celebrarla el 22 de octubre, memoria del Beato; en los días feriales del tiempo ordinario, y en las comunidades de la Diócesis, el miércoles 7 de diciembre como preparación a la Visita de las Reliquias).

Carlos José Wojtyła nació en Wadowic, Polonia, el año 1920. Ordenado presbítero y realizados sus estudios de teología en Roma, regresó a su patria donde desempeñó diversas tareas pastorales y universitarias. Nombrado Obispo auxiliar de Cracovia, pasó a ser Arzobispo de esa sede en 1964; participó en el Concilio Vaticano II. Elegido Papa el 16 de octubre de 1978, tomó el nombre de Juan Pablo II, se distinguió por su extraordinaria actividad apostólica, especialmente hacia las familias, los jóvenes y los enfermos, y realizó innumerables visitas pastorales en todo el mundo. Los frutos más significativos que ha dejado en herencia a la Iglesia son, entre otros, su riquísimo magisterio, la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica y los Códigos de Derecho Canónico para la Iglesia Latina y para las Iglesias Orientales. Murió piadosamente en Roma, el 2 de abril del 2005, vigilia del Domingo II de Pascua, o de la Divina Misericordia.

(Del Común de pastores: para un papa).

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, rico en misericordia,
 que has querido que el beato Juan Pablo II, papa,
 guiara toda tu Iglesia,
 te pedimos que, instruidos por sus enseñanzas,
 nos concedas abrir confiadamente nuestros co-
 razones
 a la gracia salvadora de Cristo, único redentor
 del hombre.
 Él, que vive y reina contigo
 en la unidad del Espíritu Santo
 y es Dios por los siglos de los siglos.

LECTURAS

(Del Común de pastores: para un papa).

(En tiempo de Adviento, puede seleccionarse una).

Primera Lectura: Is 52, 7-10:

*«Los confines de la tierra verán
 la salvación de nuestro Dios».*

**Salmo responsorial: Sal 96 (95),
 1-2a. 2b-3. 7-8a. 10.**

*R/. Anuncien a todas las nacio-
 nes las maravillas del Señor.*

Aleluya Jn 10, 14:

*Yo soy el Buen Pastor, dice el
 Señor, conozco mis ovejas y ellas
 me conocen a mí.*

Evangelio: Jn 21,15-17:

*«Pastorea a mis corderos, pas-
 torea a mis ovejas».*

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que aceptes este sacrificio
 que tu pueblo ofrece a tu a la gloria de tu nombre
 al celebrar la memoria del Papa Juan Pablo II,
 beato,
 para que lo conduzcas hacia la salvación eterna.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor y Dios nuestro,
 que la recepción de este sacramento,
 avive en nosotros el mismo ardor de la caridad

que infundiste con vehemencia
 en el corazón del Papa Juan Pablo II, beato,
 para entregarse por completo al servicio de tu
 Iglesia.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.

OFICIO DE LECTURAS

(Del común de pastores: para un papa).

Segunda Lectura

De la Homilía del beato Juan Pablo II, papa, en
 el inicio de su pontificado

(22 octubre 1978: AAS 70 [1978] 945-947)

¡No tengan miedo! ¡Abran las puertas a Cristo!



¡Pedro vino a Roma! ¿Qué fue lo que le guió y
 condujo a esta Urbe, corazón del Imperio Romano,
 sino la obediencia a la inspiración recibida del
 Señor? Es posible que este pescador de Galilea no
 hubiera querido venir hasta aquí; que hubiera pre-
 ferido quedarse allá, a orillas del Lago de Genesaret,
 con su barca, con sus redes. Pero guiado por el
 Señor, obediente a su inspiración, llegó hasta aquí.

Según una antigua tradición durante la persecu-
 ción de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero
 el Señor intervino, le salió al encuentro. Pedro se
 dirigió a Él preguntándole: «Quo vadis, Domine?:
 ¿Dónde vas, Señor?». Y el Señor le respondió

enseguida: «Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez». Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta su crucifixión.

Nuestro tiempo nos invita, nos impulsa y nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una meditación humilde y devota sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo.

El que nació de María Virgen, el Hijo del carpintero - como se le consideraba -, el Hijo del Dios vivo, como confesó Pedro, vino para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes».

El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo -Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey- continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios participa de esta triple misión. Y quizás en el pasado se colocaba sobre la cabeza del Papa la tiara, esa triple corona, para expresar, por medio de tal símbolo, el designio del Señor sobre su Iglesia, es decir, que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda su «sagrada potestad» ejercitada en ella no es otra cosa que el servicio, servicio que tiene un objetivo único: que todo el Pueblo de Dios participe en esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual tiene su origen no en los poderes de este mundo, sino en el Padre celestial y en el misterio de la cruz y de la resurrección.

La potestad absoluta y también dulce y suave del Señor responde a lo más profundo del hombre, a sus más elevadas aspiraciones de la inteligencia, de la voluntad y del corazón. Esta potestad no habla con un lenguaje de fuerza, sino que se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo Sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no

conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.



¡Hermanos y hermanas! ¡No tengan miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!

¡Ayuden al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No teman! ¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo! Abran a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengan miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo El lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitan, pues, - se lo ruego, se los imploro con humildad y confianza- permitan que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

Responsorio

*R/. No tengan miedo: el Redentor del hombre ha revelado el poder de la cruz y ha dado la vida por nosotros. * Abran de par en par las puertas a Cristo.*

*V/. Somos llamados en la Iglesia a participar de su potestad. * Abran de par en par las puertas a Cristo.*

Oración

Oh Dios, rico en misericordia, que has querido que el beato Juan Pablo II, papa, guiara toda tu Iglesia, te pedimos que, instruidos por sus enseñanzas, nos concedas abrir confiadamente nuestros corazones a la gracia salvadora de Cristo, único redentor del hombre. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración para implorar favores por intercesión del Beato Juan Pablo II

Oh Trinidad Santa,
Te damos gracias por haber concedido
a la Iglesia al Papa Juan Pablo II
y porque en él has reflejado
la ternura de Tu paternidad,
la gloria de la cruz de Cristo
y el esplendor del Espíritu de amor.

Él, confiando totalmente en tu infinita misericordia
y en la maternal intercesión de María,
nos ha mostrado una imagen viva de Jesús,
Buen Pastor, indicándonos la santidad,
alto grado de la vida cristiana ordinaria,
como camino para alcanzar
la comunión eterna Contigo.

Concédenos, por su intercesión,
y si es Tu voluntad, el favor que imploramos,
con la esperanza de que sea pronto incluido
en el número de tus santos.

Amén.